INSTITUTO
JUAN DE MARIANA

THATCHER
100

1925 – 2025



Diego Sánchez de la Cruz
(coordinador)

Federico Jiménez Losantos · Daniel J. Hannan
Pedro Schwartz · Rainer Zitelmann



Thatcher 100 (1925–2025)

Coordinador: Diego Sánchez de la Cruz

Textos de Federico Jiménez Losantos, Daniel J. Hannan, Pedro Schwartz, Diego Sánchez de la Cruz y Rainer Zitelmann

© 2025 Instituto Juan de Mariana. Madrid.

juandemariana.org

Índice

Presentación 4

La Dama de Acero Inoxidable o cuando la política tenía que ser ética · *Federico Jiménez Losantos* 5

Thatcher, el fusionismo y el desafío de la libertad en el siglo XXI · *Daniel J. Hannan* 8

La mujer que cambió el rumbo de Reino Unido · *Pedro Schwartz* 12

Valores de hierro · *Diego Sánchez de la Cruz* 15

Las cartas de Thatcher, Hayek y Friedman · *Diego Sánchez de la Cruz* 33

En recuerdo de Thatcher · *Rainer Zitelmann* 48

Presentación

El presente documento gira en torno a la figura de la *Dama de Hierro*, Margaret Thatcher, con motivo del centenario de su nacimiento, que se cumple el 13 de octubre de 2025. Se trata de una colección de textos en torno a su legado político e intelectual, que transformó el rumbo de Gran Bretaña e influyó significativamente en el liberalismo a nivel mundial.

En las siguientes páginas se recogen textos de Federico Jiménez Losantos, brillante periodista, escritor y Premio Juan de Mariana 2021, y Daniel J. Hannan, destacado político británico y miembro de la Casa de los Lores. Asimismo, se adjuntan artículos del economista Pedro Schwartz, Premio Juan de Mariana 2014, el de Diego Sánchez de la Cruz, Jefe de Estudios del Instituto Juan de Mariana, o del historiador, empresario y sociólogo, Rainer Zitelmann. Éste último ha recabado asimismo interesantes comentarios sobre Thatcher de expertos internacionales como Jesús Huerta de Soto, Arthur Laffer o Alberto Mingardi, quienes también ofrecen su mirada sobre el impacto de la *Dama de Hierro* en la economía y la política británica e internacional, tanto en su tiempo como en nuestros días.

La Dama de Acero Inoxidable o cuando la política tenía que ser ética

Federico Jiménez Losantos

Cuando yo llegué a Madrid en 1981, los liberales cabíamos en un taxi, y eso sólo si el taxista también era liberal, que es una hipótesis, ayer y hoy, mucho más probable en el conductor de un taxi que en un profesor universitario. Había una mínima estructura organizativa, la de los Clubes Liberales, en la línea del prematuramente desaparecido Joaquín Garrigues, pero aquellos órganos se organizaron –y murieron– en la plataforma política de Antonio Garrigues, al servicio de la *Operación Roca*, en las elecciones de 1986.

La contraseña por la que nos reconocíamos aquellos cuatro gatos liberales, a menudo periodistas, era la admiración por Margaret Thatcher, primero, por Ronald Reagan, después, y, finalmente, por Juan Pablo II y la rebelión polaca y europea contra el comunismo. Pero lo cierto es que la primera en cautivarnos fue Thatcher.

Y es que lo que identifica la fugaz revolución liberal de los años 80 del siglo pasado es, en primer lugar, un discurso. Las ideas, principios y valores que esgrimió Thatcher para conseguir el voto en Gran Bretaña giraban en torno a la negación de lo que por entonces era costumbre y obligación política en todas partes: un socialismo generalizado que convirtió la década de los 70 en la de mayor expansión del comunismo desde la II Guerra Mundial.

La primera política que hizo frente a ese discurso de sumisión ante los poderes fácticos – medios, sindicatos, encuestas–, y que mantuvo ese enfoque no sólo en la oposición sino ya en el gobierno, fue Margaret Thatcher. Los grandes asuntos los hizo Reagan, porque sólo Estados Unidos podía hacerlos, aunque el viejo actor debió resucitar al gigante tras la calamitosa era Kissinger-Carter. Pero Reagan lo logró. En cuanto al Papa, tuvo el valor no solamente de oponerse al comunismo, cosa que en un polaco es natural, sino de combatir asimismo la masiva presencia comunista dentro de la Iglesia misma, consciente de que, desde el Concilio

Vaticano II, y con los jesuitas a la cabeza, se había convertido en la cantera soviética de Iberoamérica, con Nicaragua y El Salvador como fábricas ideológicas y peones militares de Cuba y la Unión Soviética.

Reagan era un americano intuitivo, sagaz y optimista que creía en su país. Thatcher era *la hija del tendero* en una Inglaterra atrapada en el consenso socialdemócrata y arruinada por la tiranía sindical. Había leído *Camino de servidumbre*, de Hayek, libro que marcó su trayectoria intelectual y que predicaba justo lo contrario de lo que venía haciendo el Partido Conservador cada vez que ostentaba el poder.

Thatcher basaba en su experiencia personal sus principios políticos y en el gobierno no dijo nada en lo que no creyera, de igual modo que rara vez creyó en algo que fuera incapaz de defender. La excepción, por patriotismo o nacionalismo británico, fue el hacer una guerra por las Malvinas, pero entregar Hong Kong a la China comunista. No era de hierro, sino de acero inoxidable, pero, al cabo, política y humana.

Con todo, la ruptura del discurso socialista, que era también el del apaciguamiento y sumisión ante la URSS, nunca había alcanzado el poder en un país importante, o que lo había sido y que gracias a Thatcher volvió a serlo. El mérito indiscutible de la *Dama de Acero Inoxidable* es que fue capaz de ir siempre por delante (y, muchas veces en contra de las encuestas), al revés que los políticos profesionales que hacen del oportunismo su verdadera profesión.

Cuando Reagan salió elegido, Thatcher dejó de ser una rareza británica, normal en el país de las rarezas, y se convirtió en algo mucho más importante: la oradora de la Guerra Fría contra el comunismo y contra el socialismo, contra la URSS y contra los sindicatos, contra la capitulación exterior y la sumisión interior, también llamada *consenso*. Y ese discurso es el que marca el gran cambio de la derecha española desde 1990, con Aznar al frente del PP desde 1989, cuando se cumplía una década desde que Thatcher ganó sus primeras elecciones. Aznar adopto un discurso atlantista y liberal, sobre todo en lo económico, campo en el que cosechó mayores éxitos incluso que la propia *premier* británica, especialmente en la relación del poder público con el sector privado.

No hace falta decir que, gracias al liderazgo de figuras como la de Thatcher, el Muro de Berlín fue derribado, pero desde entonces se ha vuelto a levantar la cortina de hierro del socialismo edulcorado, el intervencionismo generalizado y,

naturalmente, la corrupción universal. Porque la política ha perdido esa dimensión ética sin la que sólo es cauce de ambiciones y desilusiones.

Los que a principio de los 80 nos oponíamos al comunismo y al socialismo, y venerábamos a Thatcher, Soljenitsin, Hayek, Reagan, Walesa o Wojtyla, lo hacíamos por una razón esencialmente ética: la defensa de la dignidad humana, que sólo es posible mediante la libertad y la responsabilidad. La gran fórmula de Thatcher fue el *capitalismo popular*, un concepto acertado que al mismo tiempo suponía una redundancia porque, cuando la gente puede elegir, lo que generalmente elige es la economía de mercado.

Esa economía de mercado fue algo que Thatcher defendió como nadie, porque era *la hija del Tendero*. Por eso decía que no existe la "sociedad", sino las familias, o que el individuo es siempre más importante que el Estado. Pero, en aquel entonces, cuando los liberales cabíamos en un taxi, como en este turbio ahora, lo que la gente quiere - Libertad, Igualdad, Propiedad -, es cosa que ni lo creen ni lo quieren los políticos.

Cualquier tiempo pasado no siempre fue mejor. Ni en los años 80. Pero en política, cuando Thatcher, sí. No es porque fuéramos más jóvenes o unos pardillos, es que teníamos la obligación de ser decentes.

Artículo publicado originalmente en Libertad Digital, el 8 de abril de 2013.

Thatcher, el fusionismo y el desafío de la libertad en el siglo XXI

Daniel J. Hannan

Margaret Thatcher nunca fue una conservadora en el sentido pequeño de la palabra. La idea de que, algún día, la lealtad a su memoria llegaría a considerarse una medida de ortodoxia *tory* la habría sorprendido tanto como a sus detractores. Ella se veía, en cierto modo, como una opositora de su propio gobierno, una radical solitaria que luchaba por sacar adelante sus reformas frente a un *establishment* pesimista y estatista. No le faltaba razón: sus diputados la toleraron mientras ganaba, pero se volvieron contra ella en cuanto tropezó.

Para entonces, por supuesto, sus remedios habían demostrado funcionar de maravilla. El Reino Unido, que en los años 70 era la economía de más lento crecimiento de Europa Occidental, fue en la década de los 80 la segunda que más creció. Solamente España, que partía de una posición más baja, avanzó más rápido. Incluso los laboristas tuvieron que aceptar que una mayor competencia en los mercados, una regulación más ligera y unos impuestos más bajos hacían que la gente viviera mejor. Pero ni los laboristas ni los *tories* que nunca llegaron a apoyar con convicción aquel programa llegaron a comprender por qué funcionaba el *thatcherismo*. Su actitud hacia el legado económico de la *Dama de Hierro* era como la de una tribu primitiva ante un artefacto heredado de una civilización superior: respetuosa, pero desde la incapaz de entender lo que estaba pasando.

La versión de liberalismo *manchesteriano* de Thatcher nunca colonizó al Partido Conservador. Como mucho, formó una alianza contingente con el conservadurismo tradicional, una coalición desigual, conviene añadir, porque los librecambistas siempre fueron minoría. Thatcher era como un mahout sobre el lomo de un enorme elefante. La bestia se movía por sus propios instintos: patriotismo, fe religiosa, respeto por la jerarquía, aversión a la indecencia, incomodidad ante el cambio social… Un jinete hábil podía persuadirla, susurrarle

al oído, darle un pequeño empujón en una dirección u otra – pero solo hasta cierto punto. Thatcher sabía que no debía clavar el aguijón con demasiada fuerza. Por ejemplo, en todos los años que fue primera ministra, el gasto público neto siguió aumentando, aunque, en conjunto, la economía creció más rápido que el Estado, de modo que el peso relativo de las Administraciones en comparación con el PIB se redujo.

¿Cómo consiguió subirse a los hombros de aquella gran bestia? Al fin y al cabo, el conservadurismo y el liberalismo habían sido tradicionalmente los dos polos opuestos de nuestro sistema de partidos, mutuamente repelentes a lo largo de los siglos, ya fuera como Partido Conservador y Partido Liberal, *tories* y *whigs* o incluso, en cierto modo, *caballeros reales* y *parlamentarios*.

Lo que empujó a unos y otros a unirse tras tres siglos de antagonismo fue el auge del socialismo. Enfrentados en casa a un Partido Laborista decidido a expropiar y, en el exterior, al Ejército Rojo, conservadores y liberales enterraron sus diferencias. En Europa Occidental, donde los sistemas proporcionales lo permitían, solían mantenerse en partidos separados y rivales, aunque a menudo como socios de coalición. Pero en el mundo anglosajón, donde el sistema mayoritario fomentaba el bipartidismo, tuvieron que encontrar la manera de combinarse.

En Estados Unidos, las identidades partidistas habían estado ligadas a todo tipo de factores, como las lealtades regionales, pero en los años 50 empezó a tomar forma una derecha más coherente. Este realineamiento lo impulsó William F. Buckley, el brillante, apuesto y carismático editor de *National Review*. Creía que constitucionalistas, patriotas, libertarios, cristianos y demás debían unirse frente a la amenaza soviética. Esta idea pasó a conocerse como "fusionismo". Tuvo sus críticos: el gran intelectual conservador Russell Kirk solía argumentar que tenía aún menos en común con los libertarios que con los socialistas. Sin embargo, la apuesta funcionó, allanando el camino para el ascenso de Ronald Reagan.

Algo parecido ocurrió en el Reino Unido. Ralph Harris, fundador del Institute of Economic Affairs (IEA), me contó poco antes de morir que él y sus compañeros librecambistas afrontaron una decisión trascendental tras la desaparición del Partido Liberal en las elecciones de 1950. Algunos de ellos querían retirarse de la política, leer ponencias entre ellos en la Mont Pelerin Society y preservar la pureza doctrinal, como monjes irlandeses copiando minuciosamente manuscritos iluminados en plena Edad Oscura. Harris no estaba interesado en aquello, no le seducían las ideas que no pudieran aplicarse. El jovial fumador de

pipa sostenía que los amantes de la libertad debían intentar conquistar al menos uno de los dos partidos con posibilidades de gobernar.

El Partido Conservador de aquella época era patricio, imperialista y complaciente con la creación de los grandes monopolios estatales de la era de Attlee. Así que Harris y sus colegas se pusieron a convencer a algunos de sus jóvenes diputados: Enoch Powell, Geoffrey Howe, Nick Ridley y, de forma decisiva, Keith Joseph, que se convirtió en algo así como el Juan Bautista de Thatcher. La versión británica del fusionismo, que mezclaba liberalismo económico con conservadurismo cultural, resultó tan exitosa en las urnas como la estadounidense. Los conservadores gobernaron durante 18 años.

Hoy, a ambos lados del Atlántico, esa alianza se está deshilachando. Sin la amenaza roja que la mantenía unida, el compuesto se separa y desagrega nuevamente en sus elementos constituyentes y, como antes, los liberales son con mucho los menos numerosos. La velocidad con la que los republicanos estadounidenses han pasado del *reaganismo* al *trumpismo*, del *laissez-faire* al populismo agresivo, del libre comercio a los aranceles, es asombrosa.

Ya antes de 2020 los liberales clásicos éramos pocos. El votante medio siempre estaba a nuestra izquierda en materia económica y a nuestra derecha en cuestiones culturales. Sin embargo, la pandemia nos volvió aún más minoritarios, alterando las expectativas de la gente sobre el papel del gobierno.

Es comprensible, quizá, que algunos librecambistas se pregunten si no deberían apartarse y dejar de fingir que tienen algo en común con los conservadores de gran gobierno. ¿Por qué implicarse en una crisis provocada por el tipo de políticas que se oponen desde la misma raíz a sus principios? Mi respuesta es que la lógica del fusionismo no ha desaparecido. En los años centrales del siglo XX, conservadores y liberales estaban amenazados por el socialismo revolucionario. Hoy, ambos están en otro punto de mira: el del fanatismo de la política identitaria.

Entonces, la amenaza venía de los MiG soviéticos; hoy, de ciberataques chinos. Pero, en ambos casos, está en peligro la civilización occidental que incubó las tradiciones conservadora y liberal. Por tanto, que los liberales clásicos abandonen la coalición conservadora sería, en el fondo, un acto de autoindulgencia. Significaría eliminar los últimos límites al gobierno y asegurar que las crisis de deuda e inflación se agraven innecesariamente. Implicaría, además, una retirada a la irrelevancia electoral.

Quizá los votantes aún no estén de humor para la libertad. Quizá los que defendemos un gobierno limitado sigamos en la etapa de Keith Joseph, no en la de Margaret Thatcher. Pero cuando finalmente logremos darle la vuelta a la situación, será como parte de una amplia alianza capaz de ganar y de ejercer el poder. No tenemos derecho a retirarnos ahora.

La mujer que cambió el rumbo de Reino Unido

Pedro Schwartz

Thatcher supo enderezar el disgusto general por la decadencia de su país con reformas que revitalizaron la economía y la sociedad británicas. En el exterior, en alianza con el presidente Reagan, contribuyó a la derrota y disolución de la Unión Soviética y señaló al mundo entero el camino del capitalismo democrático.

Los enemigos del libre mercado han querido aprovechar cualquier crisis económica para enterrar el legado de Lady Thatcher. Muy al contrario, ella acertó al coincidir con el diagnóstico de su amigo Ronald Reagan: "el Estado no es la solución, es el problema". Ella, con el paso de los años, fue perdiendo la memoria, pero mayor desgracia sería que el mundo occidental olvidara su obra.

En su primer mandato, de 1979 a 1983, la primera ministra trató a los terroristas del IRA con la firmeza necesaria. Así, dejó que diez de sus terroristas llevaran su huelga de hambre hasta el final, antes que ceder a su exigencia de recuperar el estatus de preso político. En cambio, los españoles cedimos al chantaje planteado por Iñaki De Juana Chaos. El resultado final de la política irlandesa de los gobiernos británicos ha sido que el Ulster sigue dentro del Reino Unido.

La misma firmeza demostró al embarcarse en la Guerra de las Malvinas, para recuperar un territorio ilegalmente invadido por la fuerza de las armas: los argentinos nunca le han agradecido suficientemente que así les librara del dictador Galtieri. El mismo principio, pero en una escala mucho menor, es el que tuvo que aplicar el gobierno de José María Aznar durante la crisis de la isla Perejil, donde la pronta solución articulada por Moncloa replicó la determinación *thatcheriana* y sirvió de aviso ante cualquier otra pretensión respecto a Ceuta, Melilla o las Islas Canarias.

Durante su primer mandato, Margaret Thatcher se lanzó a recortar el poder de los sindicatos, que con sus huelgas políticas habían tumbado los gobiernos de sus predecesores Heath y Callaghan. También entonces implantó y mantuvo una política monetaria estricta, para reducir las altas tasas de inflación. En paralelo,

permitió que se desarrollara el sector de los servicios, en especial el financiero de la City de Londres.

Deberíamos aprender de ella. No es posible vivir con una moneda sólida si la economía real no es flexible. El euro nos impone aceptar los cambios que exige la vuelta a la productividad, pese a la resistencia de esos a los que Hayek definía como "los socialistas de todos los partidos".

Un gran triunfo electoral abrió su segundo periodo de gobierno, extendido de 1983 a 1987. Estuvo marcada esa nueva etapa por la violentísima huelga contra el cierre de minas antieconómicas, una pugna que duró todo un año. Venció de nuevo la primera ministra, que en los ejercicios anteriores había sido previsora, acumulando reservas de carbón para evitar los cortes de electricidad con que los mineros habían doblegado al Estado en dos ocasiones anteriores. Estos fueron también los años en que se acometió la venta masiva de empresas públicas al sector privado, así como del gran parque de viviendas protegidas a sus inquilinos, lanzando una ola de medidas de privatización que luego fue imitada en todo el mundo.

Su colaboración y amistad con Ronald Reagan dieron su mejor fruto en la resistencia ante las ansias expansionistas de la Unión Soviética. Thatcher entendió los deseos reformistas de Gorbachov y así contribuyó a la disolución del régimen comunista, con la subsiguiente liberación de la Europa sojuzgada.

Muy criticada fue la moderación de su política frente al apartheid, que sin embargo desembocó finalmente en la liberación de Nelson Mandela. También se ha visto mal en el continente su parco entusiasmo por el lado burocrático de la Unión Europea, cuestión que nunca desapareció de la vida política británica y culminó, de hecho, en el *Brexit.*

El tercer periodo de gobierno, de 1987 a 1990, nació bajo una estrella menos favorable. Su ministro Nigel Lawson quiso combatir la moderación del crecimiento económico con una política fiscal más expansiva, pero los resultados no fueron los deseados. Luego llegó una serie de propuestas tributarias cuya impopularidad llevó a que un grupo de sus colaboradores más íntimos, organizado por Lord Garrel-Jones, que tanto le debía, acabase clavando a la primera ministra un metafórico cuchillo por la espalda. El 22 de noviembre de 1990, la futura baronesa presentó su dimisión a la reina Isabel II. El día de su muerte, en 2013, fue despedida con honores por millones de británicos.

La historia de la primera ministra británica nos confirma que el problema de las sociedades democráticas es el Estado. Lo difícil no es cambiar el rumbo de la economía, sino el de la política. Quizá tardamos uno o dos años en salir de las situaciones de recesión, pero ¿cuándo salimos de los hoyos donde nos vemos sumidos por la mala política? ¿Para cuándo la reforma del mercado de trabajo, la mejora de la educación, una ley electoral renovada...?

Hija de un tendero metodista y su esposa, ama de casa, Thatcher fue la primera mujer en presidir el partido *tory*, hasta entonces dirigido por hombres que, por elitismo, desconfiaban de las decisiones individuales y, asimismo, veían con malos ojos a aquella joven política de orígenes burgueses y no aristocráticos. Una vez se convirtió en la primera mujer en presidir el gobierno del Reino Unido, gobernó con suficiente valor para romper el consenso de todos los partidos, tan favorable al Estado de Bienestar y al control administrativo de la economía.

Su paso por Downing Street dejó un recuerdo imborrable en quienes la tratamos. Sus ojos calaban en los de su interlocutor. Expresaba su pensamiento directa y sencillamente, nunca dudando en contradecir aquello que creía equivocado. Sus discursos llegaban a todos los públicos, favorables o no, por el buen sentido de sus propuestas, expresadas en frases cortas que traslucían firmeza de carácter.

Los once años de gobierno de Margaret Thatcher se caracterizaron, sobre todo, por una lucha ideológica sin cuartel entre quienes apoyaban la liberación de los mercados y quienes consideraban peligrosa la política económica de *laissez-faire* que defendía ella. Es la misma lucha que tenemos que entablar quienes aspiramos a ver una España productiva y moderna. Intentarán convencernos de que toda la culpa de nuestros males es del sector privado. Obviarán el peso de la regulación y de los impuestos. Dirán que no importa que las finanzas públicas estén al borde de la quiebra ni que la deuda del Estado crezca sin límite. Pero, pasada la tempestad que nos azota, será evidente que tendremos que replantearnos el papel que el sector público tiene que desempeñar en una sociedad que funciona, igual que lo hizo Thatcher tras constatar el fracaso del modelo socialdemócrata en su país.

Artículo publicado originalmente en Libertad Digital, el 18 de mayo de 2009.

Valores de hierro

Diego Sánchez de la Cruz

Decía Margaret Thatcher que «*el problema del socialismo es que, eventualmente, el dinero de los demás se termina*». Algo así le ocurrió a su país, Gran Bretaña, que experimentó un progresivo declive tras la Segunda Guerra Mundial. El consenso económico en el que se movían conservadores y laboristas estaba ciertamente orientado hacia ideas y principios coherentes con un modelo de intervencionismo económico, vientos que soplaban con aún más fuerza a raíz de la presión ejercida por unos sindicatos que se fueron volviendo cada vez más radicales conforme las autoridades les entregaron poder y autoridad sobre la política económica de las islas.

Thatcher no buscaba el aplauso fácil. En su opinión…

> *«Cuando uno busca ser popular, tiene que estar preparado para comprometerse con cualquier cosa, en cualquier momento. Así no se consigue nada».*

Thatcher buscaba *su* consenso, no el acuerdo por el acuerdo, sino la concordia que solamente llega en sociedad a partir del respeto a principios y valores fundamentales que Thatcher enarboló con firmeza. Para ella no era negociable la lucha contra el comunismo y el terrorismo, como tampoco estaba en duda la defensa del individuo como motor de cambio social y económico o el compromiso con el capitalismo como el mejor sistema productivo posible. Veía con tristeza la deriva intervencionista de los *tories* británicos y, por eso, promovió dentro de su partido una alternativa que no solamente descansaba en cambiar algunas formulaciones electorales, sino que se volcaba principalmente en el campo intelectual.

Ese conservadurismo liberal que articuló el *thatcherismo* bebía del trabajo incansable de tres influyentes centros de estudio y pensamiento o *think tanks*. El más antiguo de todos era el Institute of Economic Affairs (IEA), fundado en 1955. Luego llegaron el Centre for Policy Studies (CPS) y el Adam Smith Institute (ASI), constituidos en 1974 y 1977, respectivamente.

Estas tres instituciones se encargaban de promover políticas de corte liberal, ocupando distintos espacios dentro del *mercado de las ideas*. Así, el IEA se centraba

sobre todo en aspectos teóricos, mientras que el ASI mantenía una línea más cercana a la elaboración de propuestas políticas y el CPS fue concebido directamente como un laboratorio de ideas centrado en ofrecer propuestas liberales a los dirigentes conservadores. De hecho, el CPS fue una creación de la propia Thatcher y de su mentor, Sir Keith Joseph.

Ese frente intelectual y programático que articuló el conservadurismo británico no solamente fue influyente dentro de las islas, sino que también tuvo un notable alcance más allá de las fronteras del Reino Unido, permeando en las filas de la derecha política de toda Europa y facilitando el regreso a discursos más liberales. El escritor e investigador del Instituto Cato, Marian Tupy, da fe del impacto que tuvo la figura de Thatcher en aquella Europa que sufría en carne propia el horror del comunismo:

> *«Para nosotros, la gente de Europa que vivimos durante años bajo el yugo soviético, ella era mucho más que la primera ministra británica... Thatcher era, además, una voz promotora de la libertad de mercado y una valiente crítica de la opresión comunista».*

Tupy explica que, años después, pudo contarle todo aquello a la propia Thatcher. Fue en octubre de 2002, en Londres, durante la cena de gala de la primera edición de los Premios Frédéric Bastiat, otorgados al mejor periodismo económico de corte liberal. Tupy cuenta que, cuando llegó el momento apropiado, se acercó a hablar con Thatcher para agradecerle su oposición frontal al comunismo:

> *«Le di la mano y le dije lo mucho que la admiraba. Hablando con ella, le expliqué lo mucho que la odiaban los comunistas que oprimieron a mi país. Ella sonrió, y me dijo alegre: "¡Bien, bien! Me alegro mucho de oír eso". Después me miró y añadió sonriente: "Al final, nosotros vencimos". En efecto, así fue».*

Una personalidad arrolladora

Lamentablemente, la enfermedad impidió que la actividad intelectual de Thatcher se extendiese a lo largo de sus últimos diez años de vida. En cualquier caso, desde que abandonó el poder, la lideresa *tory* no se esforzó en exceso por seguir en primera fila. Su única actividad pública relevante, después de tres mandatos como primera ministra, fue el lanzamiento de su libro de memorias.

Cuando su biógrafo oficial Charles Moore le preguntó por aquel proyecto, ella le dijo que el libro se llamaría *Invicta*, aludiendo a que venció en las urnas en tres ocasiones. Sin embargo, en una de esas concesiones que no eran tan habituales en ella, Thatcher aceptó finalmente un encabezado menos ambicioso: *Los años de Downing Street*.

Pero que Thatcher desapareciese de la primera línea no significó que sus ideas dejasen de estar vigentes. Muchos de los principios clave del *thatcherismo* llegaron para quedarse en países de Asia, Europa del Este o América Latina. Incluso en Reino Unido se asumieron muchas de sus reformas, consolidando un nuevo marco político más favorable al libre mercado. Ese fue el gran triunfo de Thatcher: mover el debate hacia las ideas de la sociedad abierta, obligando a laboristas y liberal-demócratas a consolidar —e incluso profundizar— sus reformas.

Algunos nunca entendieron la profunda determinación que movió a Thatcher. Quizá, si hubiesen estudiado sus años de juventud en la pequeña localidad de Grantham no se habrían sorprendido tanto. Su padre, un humilde pero esforzado comerciante, le exigía el máximo esfuerzo y dedicación académica a Margaret. Ella y su hermana mayor debían leer dos libros cada semana, uno de ellos de no ficción. Además, los domingos se esperaba de ellas que asistiesen dos veces a misa.

Quienes la conocieron dicen que Thatcher cantaba en el coro de la iglesia local y que tenía talento para ello. No obstante, ella siempre se sintió más cómoda entre libros, y fue ese empeño lo que facilitó su ingreso en la prestigiosa Universidad de Oxford. Nadie en su familia había recibido educación superior, pero ella lo consiguió gracias a su inquebrantable voluntad y su rigor.

Su padre, por el que siempre sintió gran admiración, le pidió que nunca hiciera algo solo por imitar a los demás. Desde luego, la joven Margaret le hizo caso. No solamente se abrió paso en una universidad de élite a base de esfuerzo y empeño. Ya licenciada, trabajó en un laboratorio donde contribuyó a desarrollar el llamado *helado suave* o *soft serve*. Con todo, lo suyo era la política, de modo que se fue involucrando en las filas del Partido Conservador y fue ganando peso en dicha esfera de manera progresiva.

A mediados de los setenta, Thatcher ya había ostentado algunos cargos de responsabilidad e incluso había sido ministra. Cuando entró en la carrera por el liderazgo conservador, algunos de sus compañeros de partido se rieron de ella porque eligió hablar de economía explicando las minucias propias de la gestión de un hogar familiar. Ella hablaba de la importancia del ahorro y, con ánimo de llegar al público generalista y no solamente a medios especializados, optaba por contar anécdotas familiares, revelando por ejemplo que almacenaba kilos y kilos de comida no perecedera para poder comprar en bloque y aprovechar las ofertas de los comercios a los que acudía. Con todo, lo que aquello demostraba es que los

líderes conservadores de la época estaban alejados de la realidad y que en aquella Gran Bretaña decadente que luego levantó Thatcher, la escasez de alimentos era un problema real que se unía a una inflación muy elevada que complicaba la vida de los británicos.

Aunque inicialmente no era la favorita para liderar a los *tories,* logró hacerse con el liderazgo del partido y, una vez al mando, no dudó en lanzar este mensaje a quienes la habían menospreciado por aquellos comentarios:

> *«Cualquier mujer que entienda los problemas de llevar un hogar estará más cerca de entender los problemas de dirigir un país».*

Había en el desprecio a Thatcher cierto sexismo propio de las viejas estructuras *tories*. La *Dama de Hierro* se desquitó años después, en 1982, cuando acuñó otra célebre frase con implicaciones similares:

> *«En política, si quieres decir algo, pídeselo a un hombre, pero si quieres hacer algo, entonces pídeselo a una mujer».*

Más allá de lo anecdótico, es cierto que Thatcher era una mujer en un mundo de hombres. Se cuenta que, por miedo a ser percibida como una lideresa "frágil", estrechaba la mano con la fuerza de quien aplica una llave de lucha libre... Su amigo y aliado Ronald Reagan bromeó en su momento diciendo que ella era *«el mejor hombre de toda Inglaterra»*. Con todo, su biógrafo Charles Moore revela que la *Dama de Hierro* cuidaba su apariencia con más celo del que muchos podrían pensar. Por ejemplo, cuidaba su apariencia y su vestimenta con la ayuda de asesores especializados. De hecho, el productor de televisión Gordon Reece, con quien trabajaba de forma estrecha, le aconsejó enderezarse los dientes y cambiar el estilismo de su cabello. Incluso tomó lecciones de oratoria para suavizar su acento y dulcificar su entonación, reclutando como "profesor" al actor Laurence Olivier. Aquellos asesores le convencieron también de dejar de utilizar sombreros, pero nunca consiguieron suavizar su pasión por los bolsos, que en cualquier caso nunca fueron para ella un mero accesorio, sino un medio para transportar sus papeles y libros. A Thatcher, le gustaba bromear diciendo que solamente los mejores autores podían entrar en la "Gran Orden del Bolso". Entre ellos estaban, por ejemplo, unas palabras de San Francisco de Asís o el libro *Camino de servidumbre* de Friedrich Hayek. Años después, uno de aquellos bolsos se subastó por cientos de miles de euros.

Thatcher siempre fue una esposa fiel y entregada a su marido Denis. Ambos se casaron en 1951 y tuvieron dos hijos, los gemelos Mark y Carol. Vivían en un

cómodo hogar, en el barrio londinense de Chelsea. Su esposo era su máxima prioridad y su mejor consejero. No encontró tanto aliento dentro de su partido, donde algunos aceptaron su liderazgo a regañadientes. Estos conservadores eran conocidos como los *wets* o "mojados", por la tibieza con que defendían los supuestos principios de su formación política.

Muchos de estos compañeros de filas alimentaron todo tipo de intrigas y cuestionaron su liderazgo, pero el tiempo cambió la opinión de varios de ellos. Con la fe del converso, algún que otro *wet* terminó siendo más *thatcherista* que la propia Thatcher.

Un liderazgo incansable

¿Por qué la llamaban Dama de Hierro? Todo empezó en 1976, cuando el periódico oficial del ejército soviético habló de ella en esos mismos términos. Ella aprovechó el momento y, en su siguiente cita con la prensa, bromeó al respecto:

> *«Aquí está la Dama de Hierro de Occidente, la guerrera de la Guerra Fría... ¿De verdad soy todas esas cosas? Lo soy... si con eso interpretan que defiendo valores y libertades fundamentales para nuestra forma de vida».*

Esa defensa de valores y libertades fundamentales llegaba a cansar incluso a sus colaboradores más cercanos. Algunos lo explicaban así:

> *«Discutir con ella podía ser absolutamente agotador. A veces casi parece un gasto innecesario de energía. Uno puede llegar a perder media hora discutiendo con Margaret sobre detalles menores».*

Ella misma confirmaba que, en efecto, le encantaba abrir este tipo de conversaciones:

> *«¡Me encanta discutir! ¡Me encanta debatir! No espero de nadie que simplemente se siente aquí, en la mesa de la primera ministra, y esté de acuerdo conmigo. Ese no es mi trabajo ni tampoco el suyo».*

Ya en su paso por el Ministerio de Educación exhibía este comportamiento, hasta el punto de que uno de sus colaboradores confesó que salía de las reuniones sintiéndose «*como un plátano pelado*». Por aquel entonces, una serie de recortes presupuestarios enseñaron a Thatcher que debía aprender a concentrar sus fuerzas en batallas más importantes, para no desgastarse tanto en cuestiones de menor relevancia.

La polémica en cuestión cuando Thatcher propuso eliminar un programa alimenticio financiado por los contribuyentes que distribuía leche gratis en los

colegios. Sugirió ahorrar este gasto para niños de entre 7 y 11 años, ganándose por el camino el apodo de *milk snatcher* o "ladrona de leche". A raíz de aquello, entendió que, en ocasiones, valía la pena ceder en asuntos menores, puesto que le ahorro conseguido habría sido mucho menor que el que podría haber logrado centrándose en otras partidas más abultadas.

Capitalismo popular para revitalizar Gran Bretaña

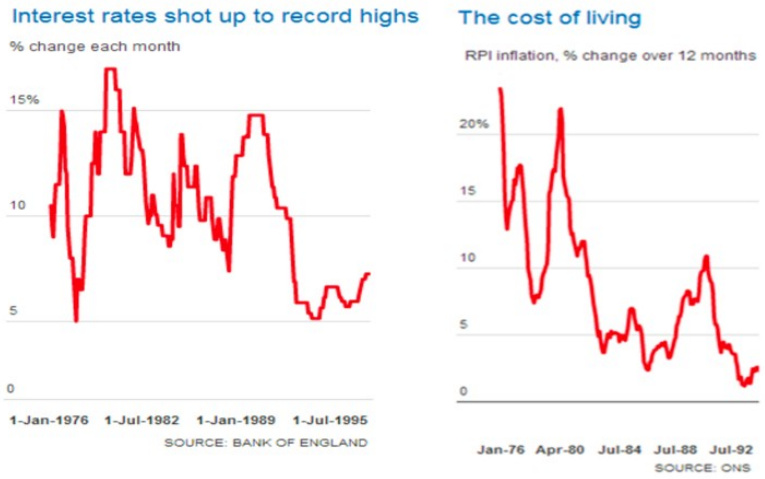
El reconocimiento al legado de Thatcher también llegó de grandes intelectuales como su admirado Friedrich Hayek, Nobel de Economía y principal exponente de la Escuela Austriaca, quien resumió así su paso por Downing Street:

> *«El gran mérito de Margaret Thatcher fue romper la inmoralidad de la lógica keynesiana del "a largo plazo todos muertos". Ella se concentró en el futuro a largo plazo del país».*

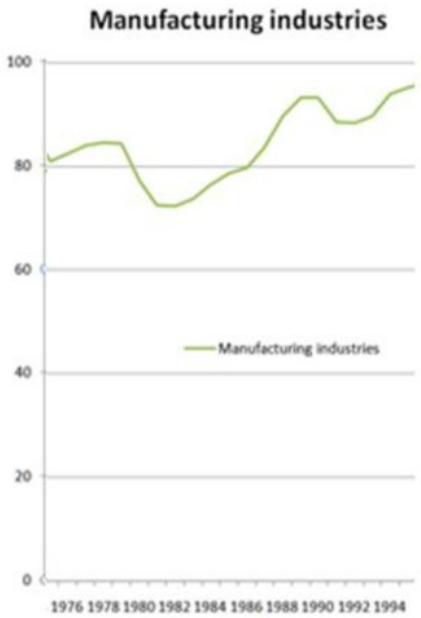
Hasta su irrupción en política, la norma en los anteriores gobiernos conservadores no se separaba mucho del patrón habitual de los Ejecutivos laboristas, puesto que unos y otros optaban por aplicar primero recetas económicas basadas en la estabilización a corto plazo y, conforme la legislatura avanzaba, seguían políticas monetarias irremediablemente generadoras de nuevas crisis inflacionistas. En este sentido, es difícil ignorar el éxito que tuvo la *Dama de Hierro* al cambiar de rumbo.

Si en 1975 la inflación era del 27 % y en 1980 seguía en el 22 %, llegado el año 1986 el IPC había bajado hasta el 2,5 %. Desde entonces, el IPC se mantuvo siempre en niveles inferiores del 5 %, muy por debajo de la herencia recibida. Todo esto resulta especialmente relevante si tenemos en cuenta que la izquierda quiso demonizar su figura alegando que las políticas liberales implementadas por Thatcher suponían un castigo a las personas de menores ingresos. Nada más lejos de la realidad: no hay impuesto más injusto y peligroso que la inflación – y el *thatcherismo* la combatió con éxito.

La receta monetaria seguida por Thatcher estaba muy influenciada por las enseñanzas de la Escuela de Chicago y, en menor medida, la Escuela Austriaca. Sentía gran admiración por Milton Friedman y Friedrich Hayek, dos gigantes del siglo XX que, desde diferentes postulados, explicaron los peligros de la inflación y sus posibles soluciones. Del primero tomó el objetivo explícito manejar la masa monetaria para evitar su expansión; del segundo, la constatación general de que una expansión crediticia conduciría a nuevos escenarios inflacionarios.



Así, a partir de las lecciones de ambos economistas, Thatcher apostó por frenar el ritmo de expansión crediticia, que alcanzaba el 18 % anual cuando llegó a Downing Street. En paralelo, el Banco de Inglaterra mantuvo los tipos de interés en máximos históricos. Los gráficos adjuntos muestran la evolución de los tipos de interés y la variación anual de la inflación durante sus años de gobierno.

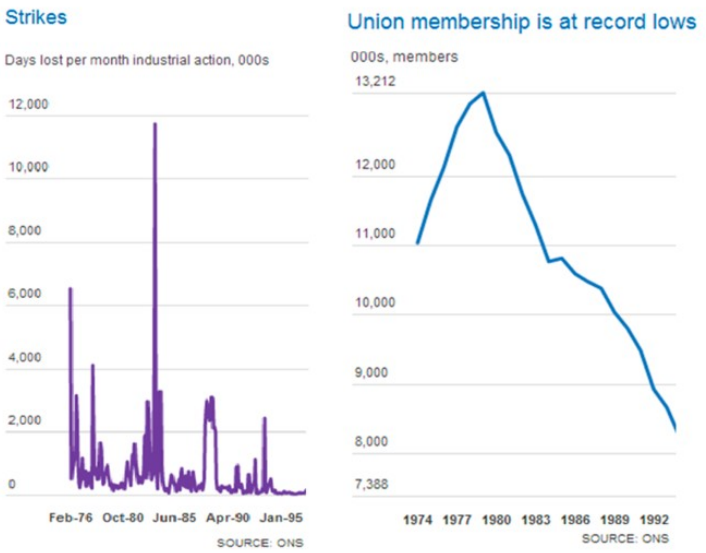


Este tipo de política puso fin a la era del *dinero barato* que tanto daño hizo a Reino Unido y obligó a las empresas a modernizarse y a elevar su competitividad. Con una moneda más fuerte, las exportaciones se encarecieron y unas condiciones crediticias más rigurosas, la industria británica se vio forzada a renovarse de una

vez por todas. Evidentemente, estas medidas implicaron el cierre de compañías improductivas; sin embargo, contrariamente a lo que algunos han sostenido, el país no experimentó el declive de sus fábricas, sino todo lo contrario. El gráfico presentado recoge el índice de producción industrial es un indicador especialmente interesante porque descuenta la inflación y recoge también la influencia del precio de las materias primas. A la vista del buen desempeño de este índice durante el periodo 1976-1994, resulta evidente que el gobierno de Thatcher no solo no dañó a la industria británica, sino que facilitó su expansión y fortalecimiento.

Según la Oficina Nacional de Estadísticas, las fábricas británicas aumentaron su producción un 7,5 % durante los años de Thatcher. ¿Cómo es posible, entonces, que algunos sigan insistiendo en que los gobiernos británicos de los años ochenta fueron nocivos para la industria? La respuesta es sencilla: tales afirmaciones beben de la propaganda esparcida por los sindicatos, que se opusieron con fiereza a las reformas económicas destinadas de quienes estaba comprometida con la flexibilidad y la competitividad.

Aquellas centrales de trabajadoras, todas ellas con idearios de inspiración marxista, habían maniatado al sector privado, constituyendo una suerte de gobierno paralelo que actuaba como freno ante cualquier reforma, defendiendo el *statu quo* sin preocuparse demasiado por la peligrosa decadencia que venía sufriendo el Reino Unido desde la Segunda Guerra Mundial. ¿Tan grave era la situación? Valga decir que, en 1979, el número de días de trabajo perdidos por huelgas alcanzó la asombrosa cifra de 29,5 millones de días.



Ese clima de conflictividad laboral estaba alimentado, además, por la titularidad pública de cientos de mastodónticas empresas. En tiempos de guerra, el sector público había nacionalizado un sinfín compañías y, llegados los años 80, la mayoría seguía en manos del Estado. Por tanto, la respuesta de Thatcher solo podía pasar por desnacionalizar estas empresas y recortar los privilegios sindicales que bloqueaban el avance de la economía británica. ¿Tuvo éxito? Los gráficos adjuntos son demoledores.

En el gráfico de la izquierda puede apreciarse el progresivo descenso del número de días perdidos por huelgas, mientras que en el de la derecha se muestra la evolución —en miles— del número de afiliados a los sindicatos. Esta tendencia confirma el triunfo de Thatcher en esta difícil pugna. Lidió con la coacción y el radicalismo sindical hasta que las fuerzas enemigas del cambio terminaron cediendo y claudicando ante el empuje liberalizador del gobierno conservador.

En cuanto al proceso de desnacionalización de empresas estatales, el resultado fue igualmente positivo. Se privatizaron aerolíneas, compañías de telefonía, empresas energéticas... En total, cerca de 900.000 empleos pasaron del sector público al privado. Por aquel entonces, devolver estos sectores al mercado resultaba inusual; hoy lo extraño sería no haberlo hecho y concebir que empresas como British Airways fuesen titularidad del Estado.

Cuando Thatcher llegó a Downing Street, el Estado controlaba el 30 % de la fuerza laboral, debido al enorme tamaño de las empresas públicas. Las privatizaciones, combinadas con políticas de liberalización, afectaron a compañías como la citada British Airways, así como a British Aerospace, British Telecom, British Steel,

British National Oil Corporation, Associated British Ports, Jaguar, Rolls Royce y Rover. Gracias a estas medidas, la industria británica volvió a crecer con fuerza.

Eso sí, el supuesto radicalismo de aquella política de privatizaciones ha sido exagerado de forma interesada por quienes añoran el Estado gigantesco que empezó a desmoronarse en aquellos años. En España, por ejemplo, el espectro intelectual y político de corte socialista no duda en presentar las privatizaciones británicas como un experimento de capitalismo salvaje. Para quienes han comprado ese discurso, conviene recordar lo que ha escrito Carlos Rodríguez Braun al respecto:

> *«Aquellas medidas de Thatcher tampoco fueron tan extraordinarias ni originales. A menudo se olvida que en España no fueron los conservadores los que privatizaron el INI… sino los socialistas, bajo el mandato de Felipe González, un hombre a quien jamás la izquierda denostó como sí hizo con quien era la jefa del gobierno británico».*

Bajo gobierno de Thatcher, el número de británicos con participaciones bursátiles se multiplicó por cuatro. Era la llamada «*sociedad de propietarios*», el «*capitalismo popular*» que la *Dama de Hierro* defendió durante toda su carrera política. ¿El resultado de esta revolución? Diez millones de ciudadanos se convirtieron en accionistas de las nuevas empresas privatizadas, muchos de ellos trabajadores de esas mismas compañías que ahora volvían al mercado. Las reformas alcanzaron incluso el ámbito de la vivienda pública. Hasta entonces, estas propiedades se ofrecían únicamente en alquiler. Thatcher cambió la norma y vendió un millón de residencias a sus inquilinos, reduciendo así el peso del poder público en el mercado inmobiliario y cultivando, de nuevo, el ideal de la «*sociedad de propietarios*».

El PIB per cápita aumentó un 35 % desde 1979. El desempleo osciló entre el 7 % y el 9 %, por debajo de los niveles apreciados antes de su llegada al poder, pero ahora en un contexto económico sano, sin sobreendeudamiento ni empresas públicas *zombies*.



Finalmente, la situación de las mujeres en el mercado laboral experimentó una notable mejoría durante los años de Thatcher. En 1979, las mujeres británicas percibían salarios equivalentes a alrededor del 70 % de los de los hombres; cuando Thatcher dejó el poder, ese indicador se había acercado al 80 %. Las feministas de izquierdas jamás le han reconocido este (o cualquier otro) logro.

La aceleración del crecimiento económico británico fue notable. En los años 50, la economía crecía a una media anual del 3,2 %, mientras que en los 70 esa cifra había caído al 2,07 %. Bajo gobierno de Thatcher, el Reino Unido recuperó dinamismo y, en los 80, la tasa media de expansión volvió a situarse en torno al 3,1 %.

En aquellos años, el país logró además recuperar su peso económico relativo en Europa gracias a la apertura impulsada por la *Dama de Hierro.* En los 70, el PIB per cápita británico se encontraba por debajo del de Francia y Alemania; hoy, el Reino Unido se sitúa cómodamente por delante de ambos países. La decadencia se revirtió y hoy es Europa la que mira a las islas con menores niveles de renta y riqueza.

La prosperidad también se reflejó en indicadores sociales: la esperanza de vida de hombres y mujeres aumentó en más de tres años bajo mandato de Thatcher, reflejando la mejora general del nivel de vida que acompañó a la recuperación económica – y desmontando cualquier propaganda sobre el supuesto deterioro de la sanidad por parte del gobierno conservador.

El cuadro fiscal del thatcherismo

La primera ministra estaba convencida de que aumentar el gasto público no resolvería los problemas de Gran Bretaña. Lo expresó con una de sus frases más recordadas:

> *«Si gastar dinero como si fuese agua fuese la respuesta a los problemas de nuestro país, no tendríamos ya problemas. Si una nación ha gastado, gastado y vuelto a gastar, ha sido la nuestra. Pero el sueño se acabó. Todo ese dinero no nos ha llevado a ningún sitio, pero aún debe venir de alguna parte. Los que nos piden gastar aún más dinero indiscriminadamente, en la creencia de que esto ayudará a los desempleados y a los pequeños comerciantes, no están siendo compasivos. En realidad, nos piden que repitamos lo que nos llevó a esta situación».*



En el plano fiscal, las cifras muestran que Thatcher redujo el peso del Estado sobre la economía. Midiendo el gasto público en relación con el PIB, logró rebajar esta ratio del 48 % al 38 %, empequeñeciendo en un 20 % los desembolsos del Estado. su mayor éxito consistió en acabar con los déficits presupuestarios y frenar el aumento descontrolado de la deuda pública. Durante décadas, los sucesivos gobiernos británicos habían acumulado *números rojos* en sus cuentas anuales.

Thatcher, en cambio, alcanzó un superávit en 1985 y lo mantuvo hasta su salida de Downing Sreet. De hecho, cerró su último presupuesto con un superávit del 0,9 % del PIB, equivalente a ingresar 4.200 millones de libras más de lo gastado; por comparación, al comienzo de su mandato, el déficit presupuestario era de 8.400 millones...

En cuanto a la deuda, también obtuvo un logro notable: heredó un pasivo equivalente al 50 % del PIB y lo redujo por debajo del 30 %. Estos resultados contrastan con el pésimo legado de sus predecesores. No hay que olvidar que el Reino Unido había tenido que ser rescatado por el Fondo Monetario Internacional en 1968 y 1976, cuando en Europa se hablaba del país como *"el enfermo de Europa"*, una comparación que evocaba la decadencia del Imperio Otomano. Todo eso cambió gracias a las medidas liberales de la *Dama de Hierro*.

¿Podría haber ido más lejos en la reducción del Estado? Quizás. Desde luego, los sistemas públicos de salud, educación o pensiones no experimentaron reformas radicales como las que reivindicaban los liberales del IEA, el ASI o el CPS. Thatcher se limitó a garantizar la sostenibilidad de estos programas, sin sustituirlos por modelos de gestión privada. Lejos de desmantelar la formulación socialista del Estado del Bienestar y plantear una alternativa basada en combinar la cobertura universal con la gestión privada, la primera ministra se concentró simplemente en hacer que aquellos programas fueran menos ineficientes.

De su política impositiva puede decirse algo parecido. Thatcher no se dedicó a bajar impuestos de manera sistemática y continuada, sino que combinó distintos enfoques, reduciendo la carga fiscal directa, pero aumentando el peso de los gravámenes indirectos. Sus dos presupuestos más significativos a este respecto fueron los de 1979 y 1988:

- En 1979, el ministro Geoffrey Howe redujo el tipo máximo del Impuesto sobre la Renta, que podía alcanzar el 98 %, y lo fijó en el 60 %. El tipo general bajó del 33 % al 30 % y se eliminaron varios gravámenes al ahorro y la inversión. En 1988, el ministro Nigel Lawson rebajó el tipo general del Impuesto sobre la Renta • al 25 % y redujo el tipo máximo al 40 %.

En los años 80, el Impuesto de Sociedades cayó del 50 % al 35 %, en su tipo máximo, y del 30 % al 25 % en el tipo general. Estas rebajas contrastaron con las subidas de los impuestos indirectos, que fueron revisados al alza: el IVA, que en los años setenta manejaba dos tipos del 8 % y el 12,5 %, pasó a un nuevo esquema unificado en torno al 15 %. Otros gravámenes especiales, como el aplicado a la gasolina, también se incrementaron.

La salida de Thatcher del poder estuvo relacionada, precisamente, con una polémica reforma fiscal que pretendía revisar el sistema de ingresos de los Ayuntamientos. Esto demuestra que, aunque bajó ciertos impuestos, también aumentó otros. En términos globales, la presión fiscal descendió del 38 % del PIB en 1980 al 35,4 % en 1990.

El "big bang" de la City

El sector financiero británico, concentrado principalmente en Londres, vivió una transformación histórica en los años ochenta. La City dejó atrás las rigideces del pasado y experimentó un auge que colocó a dicha plaza financiera a la altura de Wall Street, polo con el que empezó a competir con ánimo de situarse como un centro financiero de referencia a nivel mundial.

Como explica Philip Booth, los cambios de 1986 y 1987 no supusieron una desregulación salvaje, sino una actualización del marco funcional existente, adaptado ahora a la internacionalización financiera y a la modernización tecnológica. Al final de su mandato, los servicios financieros empleaban al 4 % de la población británica y, como ya hemos establecido, la titularidad de acciones se convirtió en una forma de riqueza cada vez más común entre los ciudadanos de a pie.

Hoy, buena parte de la inversión que llega al Reino Unido lo hace a través de las empresas de la City, lo que ha convertido a Londres en una auténtica *"vaca lechera"* que permite al Estado recaudar más ingresos del sector privado y mantener un gasto público que, en la actualidad, es francamente superior al de los años de Thatcher.

Los retos de la Guerra Fría

La amenaza del totalitarismo acompañó a Thatcher durante toda su estancia en Downing Street. Ciertamente, este fue el ámbito en que exhibió una mayor claridad y desplegó todas sus dotes de liderazgo. La *Dama de Hierro* enfrentó tanto al terrorismo como a la amenaza comunista soviética y, ciertamente, salió victoriosa en ambos frentes.

En mayo de 1980, durante la Operación Nimrod, un grupo de iraníes secuestró a 26 personas en su embajada londinense. Thatcher no permitió que la crisis se prolongara y envió a las fuerzas especiales, que resolvieron el asalto en apenas 15 minutos.

Los terroristas del IRA también intentaron sembrar el miedo. Cuando algunos de sus presos iniciaron huelgas de hambre, Thatcher se negó a ceder al chantaje. En 1984, la propia primera ministra sufrió un brutal atentado del que salió casi ilesa. No obstante, el ataque segó la vida de cinco personas y dejó una treintena de heridos. En sus memorias, cuenta que sobrevivió por pura casualidad: una llamada de su jefe de gabinete, Robin Butler, que le pidió que acudiese a otro despacho a firmar un documento estratégico, fue lo que la mantuvo fuera de la onda de alcance de la explosión.

Su alianza con Ronald Reagan y con el Papa Juan Pablo II, que también superaron durísimos atentados terroristas, configuró un frente unido frente al comunismo que oprimía a decenas de millones de personas al Este de Europa. El profesor Carlos Rodríguez Braun lo explicó así:

> *«Cayó el comunismo… y hasta muchos izquierdistas tuvieron que aceptar que sus ideas se habían concretado en dictaduras asesinas. Thatcher lo dijo siempre, como también Reagan y Juan Pablo II. Juntos forman el trío que más detesta el pensamiento antiliberal».*

Steve Forbes, editor de la célebre revista *Forbes*, coincide:

> *«Estos tres líderes impulsaron la caída del comunismo y el resurgir de la libertad política y económica en todo el mundo».*

Al igual que Reagan y Juan Pablo II, evitó el enfrentamiento armado y apostó por la presión y la diplomacia para empujar a Gorbachov hacia la reforma. En 1983 expresó con claridad su oposición al modelo soviético:

> *«Las naciones que apuestan por la igualdad, como ocurre en el comunismo, no tienen ni libertad, ni justicia, ni igualdad, pero sí las mayores desigualdades de todas: los privilegios de una clase política con más poder que cualquier otro país del mundo».*

Y añadió:

> *«Las naciones que apuestan por la libertad, la justicia y la independencia personal consiguen precisamente libertad, justicia y una mayor igualdad entre individuos. Sigan mi camino y lograrán la reducción de desigualdad que nunca tendrán en la Unión Soviética».*

La firmeza con que pronunció estos y otros muchos discursos fue vital para crear el caldo de cultivo que permitió que decenas de millones de personas escapasen del yugo comunista tras décadas de opresión. El Muro de Berlín no se cayó: fue derrumbado gracias a la valentía de personas que sabían que, al otro lado, líderes como Thatcher habían ofrecido una alternativa basada en la libertad.

Thatcher y la integración europea

En sus últimos años en el poder, Thatcher centró sus batallas en los asuntos europeos. Mientras muchos líderes apostaban por una Europa federalista y centralizadora, pero ella no compartía ese entusiasmo.

«Trabajar más estrechamente no requiere un mayor poder centralizado en Bruselas ni que las decisiones las tome una burocracia no elegida democráticamente», advertía. Le parecía irónico que, justo cuando fracasaba el centralismo soviético, en Europa se promoviera una estructura supranacional cada vez más poderosa.

Temía que la UE se convirtiera en un caballo de Troya que reimpusiera las fronteras del Estado:

> *«No hemos hecho retroceder las fronteras del Estado en Gran Bretaña solo para ver cómo se vuelven a imponer a escala europea, con un Super-Estado ejerciendo un nuevo dominio desde Bruselas».*

Se opuso a la Política Agraria Común, a la sobrerregulación comunitaria, al proteccionismo hacia terceros países y, de manera sistemática, expresó su miedo a que el euro sembrase la discordia por las diferencias políticas y económicas de los socios. *«Será imposible acomodar a grandes potencias industriales como Alemania junto a países como Grecia»*, afirmó al respecto.

Su sucesor, John Major, defendió más tarde una moneda europea común pero no única, lo que habría permitido competencia entre divisas. Finalmente, el Reino Unido se mantuvo fuera de la Eurozona y, de hecho, terminó abandonando la propia Unión con la polémica votación del *Brexit*.

La postura siempre crítica de Thatcher incomodaba a los líderes partidarios de soluciones federalistas, entre ellos Giscard d'Estaing, Jacques Delors o incluso el canciller alemán Helmut Kohl, con quien protagonizó célebres encontronazos. Uno de sus grandes logros fue obtener el famoso *"cheque británico"* que rebajó la aportación de las islas al presupuesto comunitario, pasando de aportar el 18 % del presupuesto a una contribución más acorde con su peso sobre el PIB comunitario (15 %). *«¡Que me devuelvan mi dinero!»*, exclamó Thatcher, logrando finalmente una bonificación que perduró hasta la salida de la Unión, consumada en 2020.

Haciendo balance

En su última comparecencia parlamentaria como primera ministra, Thatcher destacó su legado económico por encima de cualquier otro:

> *«Hace once años, rescatamos Gran Bretaña del lamentable estado en que el socialismo la había dejado. En la última década, hemos dado el poder a la gente en una escala sin precedentes. Hemos devuelto el control a las personas sobre sus propias vidas, sobre sus medios de vida y sobre las decisiones de más importancia. Lo hemos hecho para frenar el poder monopólico de los sindicatos para controlar, incluso para victimizar, al trabajador individual».*

Los hechos respaldan su retórica triunfalista pero, ciertamente, la verdadera revolución de aquel tiempo ocurrió en los corazones de millones de británicos que dejaron de preguntarse qué podía hacer el Estado por ellos y decidieron tomar las riendas de su vida, trabajar duro y prosperar a base de esfuerzo.

El publicista Maurice Saatchi, cercano a Thatcher y al CPS, lo resumió así:

> *«Todo el mundo quiere ser inmortal. Pocos lo consiguen. Lady Thatcher lo logró porque sus valores son eternos. Pregunte a cualquier persona en el mundo en qué creía Thatcher y todos sabrán responder: libre mercado, rebajas de impuestos, reducción del Estado, individualismo y autonomía personal. El resultado fue una revolución económica… y tres triunfos electorales consecutivos».*

Thatcher consiguió dos grandes victorias: demostró la importancia de las ideas en política y la del liderazgo como catalizador de cambios profundos. Su influencia obligó a la oposición laborista a adoptar buena parte de su agenda. Solía bromear diciendo que su mayor logro fue Tony Blair, en referencia al giro hacia el socio-liberalismo que dio el Partido Laborista en los años 90.

El economista Luis Garicano ha destacado tres claves de su liderazgo:

> *«En primer lugar, tenía la capacidad intelectual para entender los problemas del Reino Unido y ofrecer una visión alternativa. En segundo lugar, poseía un poder extraordinario para comunicar esa visión a los votantes. Y, en tercer lugar, demostró un enorme coraje físico y moral para superar las dificultades y las divisiones, tanto en el país como en su propio gobierno».*

Ese coraje fue esencial: al inicio de su mandato, muchas de sus reformas encontraron tibieza e incluso oposición dentro de su propio equipo. Más de 300 economistas llegaron a criticar su política en las páginas de *The Times*, pero Thatcher se mantuvo fiel a los consejos de Hayek y Friedman, sin titubear.

El alcance de su legado fue reconocido incluso por adversarios ideológicos. Tras su fallecimiento, en 2013, el presidente estadounidense Barack Obama, icono del progresismo, hizo estas declaraciones:

> *«Thatcher, hombro a hombro con el presidente Reagan, recordó al mundo que no tenemos que conformarnos con seguir los acontecimientos de la historia, sino que podemos decidirlos con convicción moral, coraje ilimitado y voluntad de hierro».*

Más significativo aún fue el homenaje de Mijaíl Gorbachov. El último líder de la Unión Soviética se rindió ante quien fue su rival con estas palabras:

> *«Margaret Thatcher fue una gran política y una persona excepcional. Su palabra tenía un enorme peso. Con el tiempo, desarrollamos una relación personal cada vez más amistosa y logramos un entendimiento mutuo que contribuyó al cambio y al final de la Guerra Fría».*

Incluso el líder de la izquierda británica en el momento de su fallecimiento, Ed Miliband, la despidió con respeto:

> *«Thatcher remodeló las políticas de toda una generación. Cambió el centro de la política británica y fue una figura enorme a nivel mundial. Podemos discrepar de muchas de sus decisiones, pero debemos respetar enormemente sus logros y su fortaleza personal».*

Cuando su propio partido afiló los cuchillos para sustituirla, su marido Denis le aconsejó: «*Déjalo antes de que te hagan daño*».

Ella, que tantas veces había enfrentado a sus adversarios, sí le hizo caso esta vez.

Las cartas de Thatcher, Hayek y Friedman

Diego Sánchez de la Cruz

El auge de Margaret Thatcher en las filas del Partido Conservador británico no se explica sin recordar el clima intelectual de la Gran Bretaña de los 70. La primera mitad de la década había estado marcada por la pérdida de influencia de los "tories", tendencia confirmada en 1976 con la llegada a Downing Street del laborista James Callaghan. Fue entonces cuando Margaret Thatcher planteó un giro liberal en las políticas económicas de su partido.

Aquel cambio de rumbo venía respaldado por la concesión del Premio Nobel de Economía a Milton Friedman y Friedrich Hayek. El primero se alzó con el galardón en 1974, mientras que el segundo lo recibió en 1976. El *thatcherismo* recuperó el pensamiento, las ideas y las propuestas de ambos economistas con el objetivo de renovar las bases intelectuales y los ejes programáticos de la derecha británica.

Investigar las relaciones personales de Thatcher y su equipo con Hayek y Friedman resulta de especial valía para comprender el sustrato de aquel movimiento político. La fuente que he empleado para esta tarea es el archivo personal de la propia *Dama de Hierro*, así como distintos documentos inéditos que han compartido centros de pensamiento y análisis como la Hoover Institution o el Institute of Economic Affairs (IEA).

Accediendo a la correspondencia entre la británica, el austriaco y el estadounidense, es posible trazar la intrahistoria de un triángulo intelectual responsable de importantes avances de la libertad en Gran Bretaña. Bajo mandato de Thatcher, Reino Unido dejó atrás su decadencia socioeconómica y vivió la revolución del capitalismo popular, responsable de la creación de dos millones de nuevos puestos de trabajo y del nacimiento de medio millón de nuevas empresas.

Como se apuntó anteriormente, la concesión del Premio Nobel de Economía a Milton Friedman y Friedrich Hayek contribuyó enormemente a que Margaret

Thatcher legitimase una alternativa liberal a las políticas económicas que venía defendiendo el Partido Conservador británico.

Hayek pasó parte de los años 30 y 40 en las islas, por lo que siempre había sentido un cariño especial por el país de la Dama de Hierro. Quizá por eso, mantuvo con el paso de los años un fuerte vínculo de trabajo con el Institute of Economic Affairs, un *think tank* fundado a mediados de los años 50 que constituye la principal referencia intelectual de los partidarios del laissez faire en las islas. El austriaco trenzó una estrecha relación de amistad con dos de los dirigentes originales del IEA, Arthur Seldon y Ralph Harris. Ello se tradujo en la coordinación de numerosos informes, trabajos y artículos de opinión publicados por dicha organización a través de los años.

Moviéndose en esos círculos, Hayek y Thatcher estaban "condenados" a encontrarse. Con todo, la admiración de Thatcher por Hayek no era ninguna novedad y tampoco una casualidad. De hecho, venía de mucho tiempo atrás, cuando la *Dama de Hierro* apenas era una joven estudiante que se empapaba de sus lecturas durante los años de universitaria en Oxford. De hecho, Camino de servidumbre es uno de los libros que más ha influenciado el pensamiento político de la lideresa *tory*.

Cuando Thatcher fue rodeándose de colaboradores para formar gobierno, no dudó en contar con varios admiradores de Hayek. Entre ellos destacaba Norman Tebbit, que ocupó el cargo de Secretario de Empleo entre 1981 y 1987. Tebbit representa a la perfección una "especie" muy presente entre los tories de Thatcher. De convicciones conservadoras en el ámbito social, su visión de la economía política sí daba por buenos parte importante de los postulados liberales.

Nigel Lawson fue otro de los colaboradores directos de Thatcher que jamás ocultó su admiración por el trabajo de Hayek. En octubre de 1978, el entonces diputado y luego *número dos* de la *Dama de Hierro* se mostraba emocionado tras haber recibido una carta del economista austriaco en la que Hayek aplaudía un artículo que Lawson había publicado en *The Times*. La respuesta de Lawson fue igualmente elogiosa: "muchas gracias por su amable misiva. No hay nadie de quien una carta pueda ser más bienvenida"

En defensa de la candidatura de Thatcher

Por aquel entonces, Hayek vivía en Alemania pero seguía muy de cerca la actualidad británica. Lector habitual de The Times, no dudó en escribir al editor del diario las siguientes líneas:

> *«Como alguien que ha dedicado una gran parte de su vida a la historia y los principios del liberalismo, quisiera subrayar que un partido que mantiene a un gobierno socialista en el poder ha perdido claramente cualquier derecho a llamarse a sí mismo Liberal. Sin duda, ningún liberal debe en el futuro votar a los autoproclamados liberales…».*

Sus palabras datan de marzo de 1977 y hacían referencia al acuerdo de gobernabilidad que los liberal-demócratas británicos firmaron con el Partido Laborista para habilitar el gobierno de Callaghan. La alianza fue conocida como el Pacto Lib-Lab, y evidencia que, a la hora de conseguir que sus ideas se tradujesen en políticas públicas, Hayek confiaba más en los *tories* que en los autoproclamados liberales británicos.

Sin embargo, Hayek no confiaba en los conservadores británicos de manera ingenua: su identificación quedaba reservada para Thatcher, Lawson y demás integrantes del círculo liberal de los tories. En defensa de esta corriente interna que poco a poco ganaba más influencia en las filas del Partido Conservador, Hayek publicó una serie de reflexiones en *The Times* en las que se mostró "sorprendido de que las disputas internas en el seno del Partido Conservador resulten chocantes ante los ojos de algunos comentaristas británicos". Al austriaco le parecía "inevitable que, llegados a este punto, se evidencien genuinas diferencias en el seno de la organización".

Así, Hayek se posicionó desde ese momento junto a Thatcher y sus partidarios. Por aquel entonces, la batalla por el liderazgo *tory* estaba en el aire, pero el economista austriaco tenía claro que la *Dama de Hierro* se diferenciaba de los demás conservadores porque no se preocupaba "por ganar un asiento en las próximas elecciones".

Hayek aplaudía a Thatcher al considerar que "pone por delante las necesidades del país a largo plazo" y aplaudía que optase al liderazgo de la derecha británica con una plataforma ideológica clara, determinada y firme en torno a valores como los que él había defendido durante tantos años. El final de su misiva animaba nuevamente a Thatcher y afirmaba que "el mundo pertenece a los valientes, no a los tímidos".

Es importante entender que la influencia de Hayek se revalorizó notablemente después de que el economista austriaco recibiese el Premio Nobel. Desde la publicación de *Camino de servidumbre,* su relevancia internacional había pasado por un periodo de reconocimiento que, con el paso del tiempo, dio pie a un inevitable repliegue en su capacidad de influencia.

Fue en 1975 cuando Thatcher conoció en persona a Hayek por primera vez. La reunión tuvo el efecto deseado por los conservadores británicos que ansiaban un giro favorable al laissez faire en su formación política. Como muestra, un ejemplo muy revelador: cuando a la Thatcher candidata se le presentó un documento estratégico que llamaba a los tories a adoptar una estrategia de moderación y "centrismo", Thatcher abrió su bolso, sacó un ejemplar de La Constitución de la Libertad y golpeó la mesa afirmando: "¡esto... ESTO es en lo que creemos!".

Años después, con la *Dama de Hierro* a punto de medir la aceptación de su credo liberal con el electorado, su trato con el austriaco era tan intenso que antes de las Elecciones Generales de 1979, Hayek le envió por carta una copia del tercer volumen de su obra "Derecho, Legislación y Libertad". Era una forma de mostrarle su apoyo justo antes de una cita clave. Thatcher recibió el regalo con alegría y escribió el siguiente mensaje para el austriaco:

"Estimado Profesor: Ha sido un verdadero placer aprender tanto de Usted durante los últimos años. Espero que algunas de esas ideas sean aplicadas por mi Gobierno a lo largo de los próximos meses. Como una de sus más fervientes seguidoras, tengo la determinación de que triunfaremos. Si así es, su contribución a esa victoria habrá sido inmensa", le dijo la entonces candidata.

Apenas unas semanas después, el triunfo en las urnas de Thatcher dio la razón a Hayek y a todos los conservadores británicos que abrazaron el giro liberal planteado por la nueva primera ministra.

Hayek y la geopolítica de la época

El austriaco compartía también algunos de los postulados de la derecha británica en materia de política exterior. Esta cuestión no es baladí, ya que conjugar los intereses de liberales y conservadores no siempre era sencillo en el contexto de la Guerra Fría.

Sin embargo, Hayek estaba alineado con la corriente general del conservadurismo anglosajón a la hora de abordar estas cuestiones. Un ejemplo

son las líneas que envió al editor de *The Times* al calor de la crisis de los rehenes de Irán:

> *«Estados Unidos debería haber anunciado el siguiente ultimátum: o se libera a todos los rehenes en menos de 48 horas o se procederá a bombardear las sedes del gobierno iraní de manera cada vez más intensa».*

Esta postura de Hayek venía acompañada de la siguiente afirmación:

> *«Creo que no se ha entendido que las nuevas organizaciones internacionales aún no tienen un poder indispensable, que es lo que les permitiría castigar a quienes actúen incorrectamente a nivel internacional».*

Palabras que, evidentemente, podían chocar con los planteamientos no intervencionistas que formulaban otros liberales en materia de política exterior, pero que tenían mucho que ver con la experiencia propia de Hayek y que entroncaban satisfactoriamente con las ideas de Thatcher sobre esta cuestión.

Manos a la obra

En abril de 1980, Hayek urgió a Thatcher a acometer una reforma monetaria de acuerdo a las tesis de la Escuela Austriaca. No obstante, el economista terminó la misiva recomendando algunas medidas de menor calado, pero igualmente significativas. Entre sus llamados estaba el pedido de que el Banco de Inglaterra dejase de asumir tantas tareas y se convirtiese en un ente más independiente, centrado solamente en mantener el poder de compra de la libra.

Hayek siguió de forma vigilante la conformación del equipo de gobierno de Thatcher. Sin embargo, de acuerdo con los documentos de la época, es probable que esta celosía fuese innecesaria, ya que la propia *Dama de Hierro* siempre fue extremadamente cautelosa a la hora de confirmar nombramientos. Según las crónicas de la época, "ningún oficial con visiones *keynesianas* tenía opción alguna de ser ascendido a un alto cargo de responsabilidad".

En cualquier caso, Hayek fue exigente con el gobierno de Thatcher. Por eso, además de su trato directo con la Primera Ministra, el austriaco renovó desde 1980 la intensidad y la frecuencia de sus comunicaciones y colaboraciones con el Institute of Economic Affairs. Como ya señalamos anteriormente en esta serie, el IEA era el *think tank* por excelencia del liberalismo económico británico, y sus directores, Ralph Harris y Arthur Seldon era buenos amigos personales de Hayek.

En base a esa relación, Arthur Seldon escribió al austriaco sobre una posible reunión de la Mont Pelerin Society en Chile, preocupado porque se pudiese

identificar dicho encuentro como un gesto de apoyo a la dictadura militar. En este sentido, Seldon afirmaba que era hora de "tomar el toro por los cuernos", harto de que los críticos del laissez faire "usen constantemente los ejemplos de Hong Kong, Taiwán, Singapur o Chile para argumentar contra la economía de mercado". Por eso, el dirigente del IEA pidió a Hayek que encabezase una serie de publicaciones encaminada a reivindicar la importancia de las libertades civiles como complemento de las libertades económicas.

Si Hayek colaboraba tanto con el IEA es porque creía que los *think tanks* eran un excelente vehículo para la difusión de los principios liberales. De hecho, en una de sus cartas a uno de sus fundadores, Anthony Fisher, el austriaco llamaba a exportar el exitoso modelo del IEA a otros países:

> *«Ha llegado el momento y casi podríamos decir la necesidad de extender la red de instituciones internacionales dedicadas a las mismas tareas (...). Creo que estaba en lo cierto cuando argumenté hace treinta años que solamente podemos derrotar el auge del socialismo si conseguimos persuadir a los creadores de opinión y los intelectuales».*

Dudas sobre el rumbo inicial del gobierno

Los primeros años de Thatcher no fueron fáciles. La conflictividad social iba en aumento, animada por las protestas sindicales, fuertemente politizadas por la izquierda. En el seno de los conservadores aparecieron fisuras, de modo que el bloque de gobierno pareció enfrentar una crisis existencial sin apenas haber cumplido dos años en el poder.

Un artículo de opinión del Barón Ian Gilmour recogió el sentir de los conservadores descontentos con Thatcher. Llamando al "centrismo", afirmó que las medidas económicas de la Primera Ministra desafiaban "las leyes de la gravedad política". Por eso, argumentando que "los partidos existen para ganar elecciones", Gilmour pidió a Thatcher que la derecha británica relajase su compromiso con las ideas de economistas como Hayek o Friedman.

Aquella rebelión interna causó regocijo entre los progresistas británicos, pero la reacción conservadora no se hizo esperar. Intelectuales como David Wood declararon que Gilmour estaba "saliendo de la madriguera" y revelando que prefería "ponerse del lado de los mismos sindicatos que, desde 1945, venían chantajeando a todos los gobiernos del Reino Unido". Sin embargo, la contraofensiva intelectual fue liderada, de nuevo, por Hayek, quien se mostró sorprendido además por el bajo nivel intelectual de los críticos del *thatcherismo*.

Hayek no dudó en salir al encuentro de aquella avalancha de críticas y, del mismo modo, frenó tajantemente los argumentos keynesianos con los que la oposición pretendía ofrecer alternativas:

> *«La Señora Thatcher ciertamente sabe que podría reducir rápidamente el desempleo aumentando la inflación... pero para esto tendríamos que pagar después un desempleo más severo aún. El gran mérito de la Señora Thatcher es haber roto con la inmoralidad keynesiana que mantiene que "a largo plazo todos estamos muertos" (...). La irresponsabilidad de los defensores del keynesianismo solamente puede atraer a los flojos».*

A Hayek le molestaba que se criticase la "obsesión de Thatcher con la economía", y defendía enérgicamente que las políticas de la Primera Ministra iban por buen camino. Lo hizo en momentos en los que el éxito del capitalismo popular británico aún no eran del todo palpables, por lo que su apoyo no pudo llegar en mejor momento.

Aunque Friedrich Hayek canalizó buena parte de su trabajo intelectual en Reino Unido a través del Institute of Economic Affairs (IEA), no podemos olvidarnos de otro think tank británico centrado en las ideas del laissez faire, como era el Centre for Policy Studies (CPS), una organización que vio la luz en 1974 bajo el liderazgo del Barón Saatchi, co-fundador de la agencia publicitaria Saatchi & Saatchi y *gurú* de la comunicación política de los *tories* durante muchos años.

Bajo la coordinación de Sir Keith Joseph, el CPS promovió activamente el monetarismo, acercando las teorías de Milton Friedman al debate público británico. Esto abrió más aún el abanico de influencias liberales que rodeaba al gobierno conservador, que bebía del pensamiento de Hayek pero también se apoyaba en el economista de la Escuela de Chicago.

Por si no fuese suficiente, en 1977 nació el Adam Smith Institute (ASI), fundado también mientras la Dama de Hierro empezaba a perfilarse como la lideresa de los tories de cara a las Generales de 1979. Encontramos, por lo tanto, tres *think tanks* dedicados a promover el capitalismo en la órbita intelectual del thatcherismo. Sobra decir que esto permitió articular las diferentes corrientes liberales de mejor manera.

En este contexto, Hayek se alineó esencialmente con IEA. Como hemos señalado, el austriaco mantenía una estrecha relación de colaboración con algunos de los primeros espadas de dicho instituto. De este modo, el IEA se convirtió en la roca filosófica del nuevo conservadurismo liberal, ocupando un rol central a la hora de analizar los fundamentos morales de las políticas impulsadas por Thatcher.

Si Hayek quedó ligado al IEA y gozó de mayor influencia en el plano filosófico, el peso de las ideas de Milton Friedman se canalizó a través del CPS. Las recomendaciones de política monetaria de la Escuela de Chicago tuvieron un seguimiento significativo durante los años de Thatcher.

Esta "tensión" intelectual entre *hayekianos* y friedmanitas jamás originó un enfrentamiento entre las diferentes corrientes liberales que influían en el gobierno. Una buena razón para que esto no se produjese era la buena relación personal que mantenían Hayek y Friedman desde hacía muchos años. No en vano, ambos fueron socios fundadores de la Mont Pelerin Society.

Sobre este punto, es importante rescatar una carta en la que Hayek trata las diferencias intelectuales entre la Escuela Austriaca y la Escuela de Chicago. La misiva data de 1985 y estaba dirigida a Arthur Seldon, co-director del IEA.

"Sin duda considero que abandonar todo el sinsentido macroeconómico es muy importante, pero para mi este es un asunto muy delicado, y desde hace tiempo he evitado expresar mis opiniones sobre este punto de manera enérgica. La fuente de esta dificultad es el peligro constante de que la Mont Pelerin Society podría dividirse en dos alas: una *Friedmanita* y una *Hayekiana*. En cualquier caso, me hubiera gustado poder dedicar más tiempo a un análisis crítico de la Economía Positiva de Friedman, aunque esta no es mi única asignatura pendiente: también me hubiese gustado dedicarle más tiempo a la Teoría General de Keynes, como en su día hice con sus Tratados", apuntaba Hayek

El *thatcherismo* se enfrentó al reto de conjugar estas diferencias entre *hayekianos* y *friedmanitas*. Podría decirse que Hayek gozó de más influencia que Friedman en términos de filosofía política. Las bases morales del conservadurismo liberal británico eran las de obras como *Camino de servidumbre*. En cambio, Friedman era el economista de cámara, asesorando al Ejecutivo en la ejecución concreta de las políticas de privatización, liberalización y desregulación que Thatcher promovía dentro de su agenda de capitalismo popular.

Aquella sociedad de propietarios impulsada por Thatcher no responde, por lo tanto, a una única corriente liberal. Es por esto que podemos entender el *thatcherismo* como la integración del trabajo de tres *think tanks* clave (IEA, CPS y ASI) y dos asesoramientos de primerísimo nivel (Hayek y Friedman).

Conforme la salud del economista austriaco se fue deteriorando, sus visitas a Gran Bretaña fueron más esporádicas. Sin embargo, cada vez que el Nobel de

Economía visitaba las islas, Hayek estaba incluido en los círculos intelectuales más influyentes del conservadurismo liberal británico.

Los intercambios epistolares entre Thatcher y Hayek eran tan frecuentes que nos sirven para reconstruir esos encuentros. En misivas de 1982, por ejemplo, podemos leer que ambos se vieron en una cena en la que el principal tema de conversación fue la difícil situación que atravesaba por aquel entonces Chile. Recordando lo comentado en la cena, Thatcher escribía lo siguiente al austriaco:

> *«La progresión del socialismo de Allende a la economía de libre mercado de los 80 es un excelente ejemplo de reforma económica del que podemos extraer muchas lecciones».*

No obstante, Thatcher advertía igualmente que la naturaleza autoritaria del régimen militar imposibilitaba un aplauso cerrado al nuevo marco de política económica del país austral. Tal y como explicaba la Dama de Hierro, en una democracia como Gran Bretaña no cabía pensar más que en "conseguir las reformas a nuestra manera y en nuestro tiempo".

"Von Hayek" y los laboristas

Por aquel entonces, los laboristas se habían percatado ya de la influencia de Hayek en el gobierno y no dudaban en atacar al economista austriaco siempre que tenían oportunidad. Por lo visto, sus críticos estaban tan faltos de argumentos que llamar "von Hayek" a Hayek les parecía una forma de desprestigiar al economista austriaco.

Según relataba en la prensa de la época el cronista parlamentario Frank Johnson, los adversarios de Thatcher daban un gran énfasis a la pronunciación del dichoso "von", como si esto ridiculizase al maestro. La respuesta de Hayek no se hizo esperar.

Hayek envió una carta escrita a mano al editor del diario *The Times* en la que explicó que el "von" que tanto obsesionaba a los laboristas no venía de ninguna oscura tradición germana, sino de la Corona Británica. En concreto, el tatarabuelo del austriaco recibió tal reconocimiento durante el siglo XIX, si bien el gobierno de su país eliminó todos los títulos nobiliarios en 1918, fecha en la que Hayek dejó de referirse a sí mismo de esta forma.

Pero en la carta a The Times, el Premio Nobel de Economía no solamente aclaró los orígenes del apellido: también aprovechó para enviar un recado a la izquierda británica.

> *«Menciono todo esto con la esperanza de que, quizá incluso los diputados laboristas podrán avergonzarse un día de ofrecer argumentos basados en referencias a la ascendencia familiar».*

Ideas sobre política exterior

También durante aquellos años, Hayek se colocó al lado de Thatcher para defender al gobierno de aquellos los "intelectuales" que, en Gran Bretaña y medio mundo, pedían impulsar nuevas iniciativas de "ayuda al desarrollo". Esta era la opinión de Hayek al respecto:

> *«No cuestiono que grandes cantidades de capital deban viajar del mundo rico al mundo más pobre. En el pasado, así es como se ha conseguido el progreso económico. Lo que cuestiono es que ese capital tenga que ir a los gobernantes de estos países para así permitir que continúen con sus experimentos socialistas. Estoy convencido de que, con este tipo de medios, ofrecemos la oportunidad de que se perpetúe un daño en vez de conseguir beneficiar a la gente pobre de esos países».*

Hayek ilustraba la forma adecuada de salir de la pobreza citando el auge de Hong Kong, Singapur, Corea del Sur, México, Chile… y recordaba que la evolución países como Argentina, Checoslovaquia o la misma Gran Bretaña muestra que oponerse al sendero capitalista puede convertir la riqueza de ayer en la decadencia de hoy.

Así, oponiéndose a la dicotomía Norte-Sur y considerando estas tesis "una falacia", Hayek argumentó que, como mucho, los gobiernos occidentales deberían limitar su ayuda a países capitalistas y, además, pidió cambiar el paradigma de donaciones al sector público por el de préstamos al sector privado.

El austriaco no solamente hablaba de Relaciones Internacionales con *Downing Street*: también entabla contacto por carta con el nuevo Presidente de los Estados Unidos, Ronald Reagan. El austriaco no dudó en aconsejar al sucesor de Carter que recurriese a la Corte Internacional de La Haya para conseguir la resolución de las disputas vigentes con Irán, citando una conversación privada con Karl Popper para justificar tal recomendación.

Años de homenaje

Desde mediados de los 80, la enfermedad impidió a Hayek mantener un nivel de actividad demasiado elevado. Es por eso que el austriaco fue pasando poco a poco a un rol más ceremonioso y simbólico entre los *tories* más destacados, que no

obstante se aseguraron de reconocerle en vida sus valiosas aportaciones a la revolución del *thatcherismo*.

En los años siguientes, se celebraron todo tipo de homenajes en su honor. En 1983, por ejemplo, la *Dama de Hierro* celebró públicamente la concesión del International Free Enterprise Award a Hayek, y se declaró una "pelucona de la vieja escuela" (*old school whig*), en referencia a la identificación histórica que el austriaco siempre mostró con los *pelucones* librecambistas del siglo XIX.

Un año después, en 1984, la Primera Ministra recibía un regalo muy especial de Hayek: el primer ejemplar de la edición especial de "Camino de servidumbre", de cuya publicación se cumplían 40 años. Thatcher escribió las siguientes líneas de agradecimiento al economista:

> *«No puedo expresar mi alegría por recibir esta edición tan especial de Camino de servidumbre. Me emociona especialmente saber que me ha enviado la primera copia. Recuerdo bien la primera vez que leí el libro, por lo que esto significa mucho para mí».*

Ya en 1984, la primera ministra promovió una condecoración especial para el austriaco. Es por eso que Hayek cuenta, entre sus muchos reconocimientos internacionales, con el título de Miembro de la Compañía de Honor de la Commonwealth. Según la biografía de Alan Ebenstein, el economista afirmó algunos años después que aquel fue el día más feliz de su vida.

Eso sí: aunque Hayek ya estaba retirándose poco a poco de la vida pública, no dudó en publicar en *The Times* una encendida defensa de la política asumida por Margaret Thatcher frente a los sindicatos. En dicho texto afirmaba lo siguiente:

> *«Ofrecer concesiones a grupos de interés a cambio de evitar fricciones (...) lleva al declive industrial y el hundimiento de los salarios de los trabajadores (...). Un nivel de empleo sólido exige flexibilidad salarial. La fijación de salarios provoca drásticas fluctuaciones en términos de empleo».*
>
> *«Quienes evitan que los desempleados tengan un trabajo son quienes no les permiten que trabajen por menos de los salarios que han fijado los sindicatos (...). Convertir artificialmente el trabajo en un bien escaso para así conseguir mayores salarios bien puede entenderse como una forma de explotación».*
>
> *«No hay esperanza para la economía británica y sus desempleados si se rompe el monopolio de la fuerza que hoy ostentan los sindicatos. De hecho, quienes sufren este monopolio bien podrían organizar una asociación liberal contra aquellos que falsamente dicen representar los intereses de todos los trabajadores».*
>
> *«Fue el deseo de evitar la "fricción social" lo que acabó paralizando gradualmente la economía británica. Por fin hay esperanzas de que esta tendencia sea revertida».*

También en 1984, Hayek viajó hasta París para reunirse con los demás miembros de la Mont Pelerin Society. En su discurso, el austriaco pidió entonces que el mundo vuelva "no solamente a la razón, sino también a la moral, para poder gobernar mejor nuestras vidas".

Hayek reivindicó en aquel foro la tradición cristiana de Occidente como pilar de la civilización moderna. También en dicho encuentro habló de la decadencia intelectual francesa, anticipando la deriva estatista del país "por el dominio de una convicción filosófica que sobrevalora el poder de la razón humana. La filosofía cartesiana, tan dominante entre los pensadores franceses, conduce a pensar que la razón tiene fuerza suficiente para reorganizar la sociedad".

Haciendo balance

Si algo han demostrado los documentos publicados en las páginas anteriores es que Hayek tuvo una gran influencia en la primera mitad de los gobiernos de Thatcher. No obstante, también es cierto que el austriaco alcanzó más reconocimiento entre los *tories* como filósofo que como economista.

De algún modo, su amigo Friedman le ganó la partida a la hora de recetar políticas públicas concretas. El posibilismo del neoyorquino influyó en ello, al igual que lo hizo la avanzada edad de Hayek, que solamente publicó un libro durante los años de gobierno de Thatcher ("La fatal arrogancia"). El deterioro de su salud también limitó, por tanto, su capacidad de influir más aún en el círculo de confianza de la primera ministra.

En cualquier caso, el propio Friedman ha reconocido siempre que "ningún intelectual tuvo tanta influencia como Hayek al otro lado del *Telón de Acero*. Sus libros se publicaron y tradujeron en el mercado negro, lo que permitió su amplia difusión e influenció indudablemente el clima de opinión que, en última instancia, trajo el colapso de la Unión Soviética".

Friedman y la Dama de Hierro

La correspondencia entre Thatcher y Friedman fue menos intensa que entre la primera ministra y Hayek. Esto se explica en gran medida por las circunstancias personales de ambos economistas: Friedman era más joven y podía viajar con mayor frecuencia a Londres para verse con Thatcher. También es importante mencionar que Friedman mantuvo un trato cercano con diferentes hombres del

gobierno de Thatcher, como por ejemplo Nigel Lawson. Esto explica que no todas sus recomendaciones al gobierno británico pasasen siempre por Downing Street.

El principal exponente de la Escuela de Chicago compartía con Hayek su afición por leer el periódico *The Times*. Esta tribuna, que el austriaco empleaba recurrentemente para argumentar contra los sindicatos y a favor de las reformas de Thatcher, fue elegida también por Friedman para publicar muchos de sus artículos en defensa de la política económica liberal que empezaba a adoptar el nuevo gobierno de Reino Unido.

Hayek no dudó en polemizar con su amigo en dicha rotativa, enviando por ejemplo una carta al director en la que apuntaba que "el problema (del monetarismo) es que no puede suministrar una medida adecuada de la oferta de dinero". Advertía también Hayek que, "como los bancos centrales son una institución gubernamental, toda inflación está creada por el gobierno".

Incluso apuntó que "fijar por ley un nivel de crecimiento de la base monetaria, como propone Friedman, no es práctico y probablemente produciría el mayor pánico financiero de la historia (...). Espero que nadie dude sobre la necesidad de frenar la inflación. En este tema, mis diferencias con Friedman me llevan a tomar un enfoque más radical que el asumido por él y por muchos de mis amigos".

A estas diferencias en materia de política monetaria ya nos hemos referido anteriormente, cuando repasamos la correspondencia en la que Hayek admitía que había limitado sus críticas al monetarismo para evitar una fractura interna en las filas del liberalismo y, más específicamente, en el seno de la Mont Pelerin Society. Es justo señalar, en cualquier caso, que estas diferencias no se daban en otros muchos campos, donde la coincidencia de ideas era casi total. Asimismo, ambos economistas eran amigos desde hacía décadas, de modo que las polémicas siempre se abordaron desde el respeto.

De hecho, Hayek y Friedman no dudaban en aparecer juntos en los medios para exigirle al gobierno que acelerase el ritmo de sus reformas. Así lo hicieron, por ejemplo, en un programa de la BBC, "Panorama", en el que Hayek reclamó a Thatcher que acelerase las reformas destinadas a reducir el poder de los sindicatos. Friedman, por su parte, criticó que el gasto seguía sin reducirse, por lo que pedía que se tomasen pasos en esta dirección por encima de las quejas de la oposición política, la burocracia y los líderes conservadores que veían con recelo la estrategia de liberalización que Thatcher había prometido al electorado.

Igualmente, cuando Friedman era criticado no desde el campo liberal, sino desde el espacio intelectual de la izquierda, Hayek era el primero en defender al estadounidense. Así lo hizo en 1980, en una breve y divertida carta enviada al diario The Times: "Sir Eric Roll se ríe de Milton Friedman por haber afirmado que la civilización occidental se asienta en el mercado libre. Sin duda, si el Profesor Friedman hubiese dicho claramente aquello que realmente quería decir, entonces habría estado totalmente acertado. Y lo que realmente quería decir es que la civilización occidental se asienta en tanto mercado libre como el gobierno permite…".

El fallecimiento de Hayek en 1992 imposibilitó que el austriaco extendiese su relación con Thatcher más allá de los años de gobierno de la lideresa británica. Friedman y su esposa sí pudieron hacer lo contrario, ya que el matrimonio mantuvo el trato con la Primera Ministra cuando ésta dejó el poder. En sus memorias, "Dos personas con suerte", ambos echan la vista atrás y destacan que la *Dama de Hierro* siempre contó con su admiración por su "fuerte personalidad, su carácter y su intelecto". Igualmente, Thatcher siempre se mostró orgullosa de haber trabajado con Friedman y no dudaba en destacar su relevancia en todo tipo de foros. Un ejemplo lo tenemos en el crepúsculo de su mandato, durante un discurso pronunciado en el Aspen Institute de Colorado. Entonces, en 1990, Thatcher afirmaba feliz que "no solamente los ciudadanos de los países de la Unión Soviética hablan de democracia, sino que los Alcaldes de Moscú o Leningrado discuten sobre Milton Friedman… ¡Yo misma les he escuchado!". Un año después, en una conferencia celebrada en el New York Club, Thatcher era aún más precisa en la defensa del monetarismo *friedmanita*.

Los encuentros entre Thatcher y los Friedman siguieron produciéndose pese al paso de los años. La actividad divulgadora del Premio Nobel y la relevancia internacional de Thatcher favorecían que ambos coincidiesen en diferentes foros. Cuando Friedman falleció en 2006, la *Dama de Hierro* se refirió a él del siguiente modo:

> *«Milton Friedman revivió el estudio de la libertad económica cuando más olvidado estaba. Fue un luchador intelectual por la libertad. Echaré mucho de menos la lucidez y el mordaz humor de mi viejo amigo».*

Algunas reflexiones de cierre

La amistad entre Hayek y Friedman, y la coincidencia en muchas de sus recomendaciones a Thatcher, no evitó ciertos puntos de fricción entre ambos

economistas. En cierto modo, es natural que las diferencias entre la Escuela de Chicago y la Escuela Austriaca generasen interesantes debates entre ambos. Por suerte para los británicos, numerosos *think tanks* y medios de comunicación recogieron la influencia de estos diálogos y, de esa forma, enriquecieron el debate de ideas.

En esa síntesis de conservadurismo y liberalismo que se dio en conocer como *thatcherismo*, Friedman y Hayek ocuparon un rol especialmente importante, especialmente a finales de los 70 y comienzos de los 80. El resultado de las políticas económicas liberales que aplicó Margaret Thatcher fue más que notable: dos millones de nuevos puestos de trabajo, medio millón de nuevas empresas, fortalecimiento de las clases medias, fin a la conflictividad laboral, recuperación del crecimiento, abandono de la irresponsabilidad tributaria, freno al crecimiento sistemático de la inflación, etc.

Los mismos adversarios laboristas que tanto criticaron a Thatcher, Hayek y Friedman acabaron reconocimiento la importancia de promover el capitalismo como eje de desarrollo. Tony Blair, líder del Partido Laborista, se encargó en los años 90 de deshacerse de la Cláusula IV de los Estatutos de su formación, para así abandonar por completo la pretensión de convertir al Estado en el eje conductor de la producción y la economía británica. He ahí la gran victoria del liberalismo británico: el hecho de hacer que sus oponentes laboristas acabasen aceptando la economía de mercado y terminasen por abandonar sus viejas tentaciones socialistas.

En recuerdo de Thatcher

Rainer Zitelmann

El 13 de octubre, Margaret Thatcher habría cumplido 100 años.

Con motivo de esta efeméride, he sondeado a reconocidos académicos liberales de Europa, Estados Unidos y China, con ánimo de conocer sus reflexiones sobre el significado histórico de la recordada primera ministra británica.

A continuación recojo sus respuestas, que copio a manera de introducción, antes de compartir mis propias ideas sobre su figura:

> *«Cuando Margaret Thatcher asumió el cargo de primera ministra, el tipo marginal máximo del Impuesto sobre la Renta en superaba el 90 % y, para ciertas fuentes de ingresos, llegaba incluso al 98 %. El trueque volvió a estar a la orden del día, ante el disfuncional rumbo que seguía la economía. Cuando dejó el cargo, el tipo máximo del IRPF había bajado al 40 % y su gestión devolvió el 'Gran' a la palabra Gran Bretaña».*
>
> **— Arthur B. Laffer**, economista y asesor de Ronald Reagan y Margaret Thatcher.

> *«El día que Thatcher ganó por primera vez las elecciones generales en el Reino Unido, en 1979, yo tenía 22 años. Aquel fue uno de los días más felices de mi entonces corta vida. ¡Por fin las ideas de la libertad empezaban a tener un impacto práctico en la política y la vida real! Poco después, esta experiencia personal se repitió cuando Ronald Reagan fue elegido presidente de Estados Unidos. Sin embargo, aunque su revolución conservadora y libertaria supuso un gran avance para sus respectivos países, creo que estuvo demasiado influida por el monetarismo y el minarquismo, de modo que eso limitó su impacto, haciéndolo menos radical y permanente. El caso es que, casi medio siglo después, y ya con 66 años, me convertí de hecho en el hombre más feliz del mundo cuando Javier Milei fue elegido en Argentina como el primer presidente libertario de la historia de la humanidad, con un mensaje puramente basado en la economía austriaca y en el anarcocapitalismo, acervo que está teniendo unos resultados y un eco mundial extraordinario».*
>
> **— Jesús Huerta de Soto**, profesor de Economía Política en la Universidad Rey Juan Carlos de Madrid.

> *«La izquierda demoniza a Thatcher por demostrar que las políticas de libre mercado funcionan, algo que no puede decirse del socialismo. Dejó al Reino Unido en una situación mucho más favorable que la que heredó cuando asumió el cargo. Cuando alcanzó el poder, en las islas había cuatro veces más miembros de sindicatos que*

individuos con acciones de bolsa. Cuando dejó el cargo, en Reino Unido ya había más accionistas que sindicalistas. Las islas pasaron de ser la economía europea con mayor número de jornadas perdidas por huelgas a situarse a la cola de dicho ranking».

— Madsen Pirie, presidente del Adam Smith Institute de Londres.

«Las amplias reformas que introdujo Thatcher en una economía tan disfuncional como era la británica no tienen realmente paralelo en un país industrial avanzado. Por ejemplo, el presidente Reagan, que también impulsó reformas de libre mercado, heredó una economía que funcionaba mejor. Su antecesor Carter había comenzado la desregulación y la Reserva Federal, bajo el liderazgo de Paul Volcker, se convirtió en un aliado sólido. De igual modo, hay muchos ejemplos notables de reformas económicas muy transformadoras aprobadas en el países en vías de desarrollo. Sin embargo, lo que hizo Margaret Thatcher es algo que hoy en día se consideraría, en gran medida imposible: tomó una economía madura y rica, anclada en sus más viejas costumbres, e hizo que lo que prácticamente parecía un caso perdido se convirtiese en un futuro exitoso».

— Patrick Minford, economista británico, profesor de Economía Aplicada en la Cardiff Business School, asesor económico de Margaret Thatcher.

«¿Qué reformador ha tenido un impacto más notable? Deng Xiaoping llegó más lejos. Leszek Balcerowicz y Václav Klaus introdujeron cambios en más frentes. Ludwig Erhard tuvo un impacto mayor a largo plazo. Pero, aun así, lo cierto es que los grandes reformadores capitalistas lidiaron con un entorno político relativamente más fácil, puesto que actuaban tras la devastación provocada por la guerra o el comunismo, factores que allanaron el camino para el cambio. Thatcher es la única dirigente que transformó un Estado similar al nuestro de forma radical. Heredó una socialdemocracia occidental muy avanzada, en la que la población se había acostumbrado a vivir con una alta dependencia de las prestaciones y la élite intelectual estaba profundamente comprometida con el estatismo. Además, cultivó una idea genial, puesto que defendió que una economía libre era, a la vez, el requisito y la consecuencia de una sociedad moral».

— Alberto Mingardi, profesor de Historia del Pensamiento Político en la Universidad IULM de Milán y director general del Instituto Bruno Leoni.

«Margaret Thatcher fue una gran reformadora de la rezagada economía británica. Ocupó el cargo de primera ministra durante 11 años, demostrando que también era una hábil política. Revirtió la tendencia hacia el estatismo que anteriormente había dominado las políticas de las islas y de muchos países occidentales. Como resultado, mejoró el desempeño del Reino Unido y creó un modelo a seguir para todo el mundo.»

— Leszek Balcerowicz, ex ministro de Finanzas de Polonia, responsable de la transición económica al capitalismo de la antigua república soviética.

> *«Thatcher fue una gran líder que, además, tenía la visión correcta sobre el mercado y la libertad. Fue, sin duda, una buena discípula de Friedrich Hayek. En China, Deng Xiaoping adoptó muchas ideas volcadas en lograr un mayor desarrollo económico que bebían de esos cambios impulsados por Thatcher. Sabía lo que no sabía, entendía los límites del conocimiento, y por eso permitió que la base social experimentara. Fue eso lo que cambió China en la dirección adecuada, como ocurrió en Reino Unido bajo el liderazgo de la primera ministra».*
>
> **— Weiying Zhang**, profesor en la Universidad de Pekín, National School of Development, y catedrático de Economía.

> *«Los productores de Hollywood han retratado a Thatcher como una mezquina e ineficaz política de los años ochenta, pero mi esposa y yo vivimos en Inglaterra en aquellos años y fuimos testigos directos de cómo eliminó regulaciones onerosas y absurdas, liberando la economía de cargas empobrecedoras. Por ejemplo, cuando Thatcher llegó al cargo uno tardaba varios años en conseguir una línea telefónica en Londres. ¡Eso se acabó con ella en Downing Street! Su legado incluye la privatización de empresas estatales, la reducción del poder de los sindicatos sobre la economía y la eliminación de los controles de cambio. Y, como bien dijo Thatcher, todos los que piensen que el socialismo es la solución deben recordar la máxima de la primera ministra: "el problema con el socialismo es que, tarde o temprano, se acaba el dinero de los demás". Imposible decirlo mejor».*
>
> **— Mark Skousen**, titular de la cátedra de Libre Empresa en Chapman University y productor de FreedomFest.

> *«A principios de la década de 1970, el Reino Unido era conocido como "el enfermo de Europa". Muchos incluso consideraban que su decadencia era irreversible, pero Thatcher es uno de los ejemplos más destacados de la historia moderna de que los tiempos difíciles no son excusa ni nos pueden llevar al fatalismo, el pesimismo o la desesperación. Cuando el nivel del mar de los problemas sube, también eleva los barcos de los posibles solucionadores. Pero esto no ocurre automáticamente. Se necesitan pensadores políticos con visión de futuro y una mentalidad claramente orientada al mercado. Thatcher se inspiró principalmente en las ideas de Friedrich Hayek, que fue el cerebro del renacimiento británico que llegó con ella. Hoy en día, Thatcher sigue siendo un modelo para los reformadores que quieren devolver al modelo occidental de sociedad libre su rumbo correcto."*
>
> **— Stefan Kooths**, director de investigación del Instituto Kiel para la Economía Mundial, profesor de Economía en la BSP Business and Law School de Berlín y Hamburgo y presidente de la Sociedad Hayek.

Margaret Thatcher habría cumplido 100 años el 13 de octubre. Fue primera ministra del Reino Unido durante casi doce años, lo que la convirtió en la jefa de Gobierno con más tiempo en el cargo en todo el siglo XX. Ningún otro dirigente político había aplicado antes recortes fiscales, desregulaciones y privatizaciones

de manera tan radical para reformar un Estado del bienestar desarrollado. Hoy, cuando muchos países europeos afrontan retos similares, cabe preguntarse: ¿qué condiciones hicieron posible que Thatcher aplicara reformas de tan largo alcance?

Para que puedan emprenderse transformaciones profundas hacia una economía de mercado, deben cumplirse tres condiciones clave. Primero, que la situación económica se haya vuelto insostenible para amplios sectores de la población. Segundo, que exista ya un terreno fértil en el plano intelectual, con líderes de opinión que lleven años difundiendo las ideas adecuadas. Y tercero, que aparezca un político carismático capaz de capitalizar ese contexto. Así ocurrió en la Argentina que eligió a Javier Milei y también en el Reino Unido que llevó a Thatcher al poder.

Antes de su llegada a Downing Street, el "socialismo democrático" había conducido al país al borde del colapso. La inflación alcanzaba el 27 %, el tipo marginal del IRPF era del 83 % y quienes tenían rentas de capital soportaban un gravamen del 98 %. Tres de cada diez trabajadores dependían de empresas estatales, la productividad estaba estancada y la deuda nacional crecía sin control. En 1979, las subvenciones públicas a sectores deficitarios, como la minería, ascendían a 4.600 millones de libras, el equivalente actual a unos 29.000 millones. La situación llegó a tal punto que el Reino Unido tuvo que pedir ayuda al Fondo Monetario Internacional, una institución pensada para países en desarrollo, lo que supuso una humillación nacional. Los sindicatos radicales, muchos bajo la influencia comunista, ejercían un férreo control sobre la vida económica: en los años setenta se registraban más de 2.000 huelgas anuales, con una media de 13 millones de jornadas perdidas, que en 1979 rozaron los 30 millones.

Thatcher comprendió que su misión iba más allá de una serie de ajustes puntuales: se trataba de una auténtica batalla de ideas. Su biógrafo Charles Moore la describió así: «No tenía una mente especialmente ordenada ni original. Más que desarrollar sus propias ideas, era una admiradora de las ideas de otros». En su etapa de estudiante le impresionó especialmente *Camino de servidumbre*, de Friedrich Hayek, y ya como líder política supo rodearse de los principales think tanks liberales británicos: el Institute of Economic Affairs (IEA), el Adam Smith Institute (ASI) y el Centre for Policy Studies (CPS).

Entre 1975 y 1979, cuando estaba en la oposición, asistía con frecuencia a actos del IEA y leía sus publicaciones. Fue también a través de este instituto como conoció

en persona a Hayek y a Milton Friedman. Tras ganar las elecciones de 1979, reconoció públicamente al IEA como responsable de haber creado «el clima de opinión que hizo posible nuestra victoria». El Adam Smith Institute, bajo el liderazgo de Madsen Pirie, le proporcionó modelos concretos para sus reformas, incluido su ambicioso programa de privatizaciones.

De este modo, la combinación de una grave crisis económica y de unas bases intelectuales sólidas abrió la puerta a su triunfo político. Su mayor aportación consistió en saber absorber y comunicar eficazmente esas ideas. Además, como Ronald Reagan y, en la actualidad, Javier Milei, Thatcher dominaba el terreno de la comunicación y la autopromoción. Su relación con los medios era tan hábil que, en el Reino Unido de los ochenta, solo la princesa Diana rivalizaba con ella en capacidad de generar atención mediática.

La privatización fue el gran motor de su segundo mandato. British Telecom, con 250.000 empleados, salió a Bolsa en la mayor oferta pública inicial del mundo hasta entonces. Dos millones de británicos compraron acciones de la compañía, casi la mitad de ellos por primera vez en su vida. Bajo sus gobiernos, el porcentaje de ciudadanos con participación en Bolsa subió del 7 % al 25 %. También impulsó la venta de viviendas sociales a sus inquilinos, convirtiendo a un millón de familias en propietarias. Algunos analistas consideran que habría sido preferible transferir ese parque a empresas inmobiliarias privadas o sacarlas a Bolsa, pero lo cierto es que la operación reforzó la cultura de la propiedad. El éxito fue tal que sirvió de ejemplo para una oleada mundial de privatizaciones.

En sus memorias, Thatcher reconoció que le habría gustado privatizar aún más, pero reivindicó con orgullo los resultados: «Bajo mi mandato, Gran Bretaña fue el primer país en revertir el avance del socialismo. Cuando dejé el cargo, el sector industrial estatal se había reducido en un 60 %. Una de cada cuatro personas poseía acciones. Más de seiscientos mil puestos de trabajo habían pasado del sector público al privado».

A ella se le atribuye también buena parte de la creación de 3,3 millones de nuevos empleos entre marzo de 1983 y marzo de 1990. En 1976, el país estaba al borde de la quiebra y en 1978 el déficit alcanzaba el 4,4 % del PIB (frente al 2,4 % de Alemania). Diez años después, en 1989, el Reino Unido registraba un superávit del 1,6 %. La deuda nacional, que en 1980 equivalía al 54,6 % del PIB, había descendido al 40,1 % en 1989.



Retrato de Margaret Thatcher para la Margaret Thatcher Foundation

© Helmut Newton



juandemariana.org